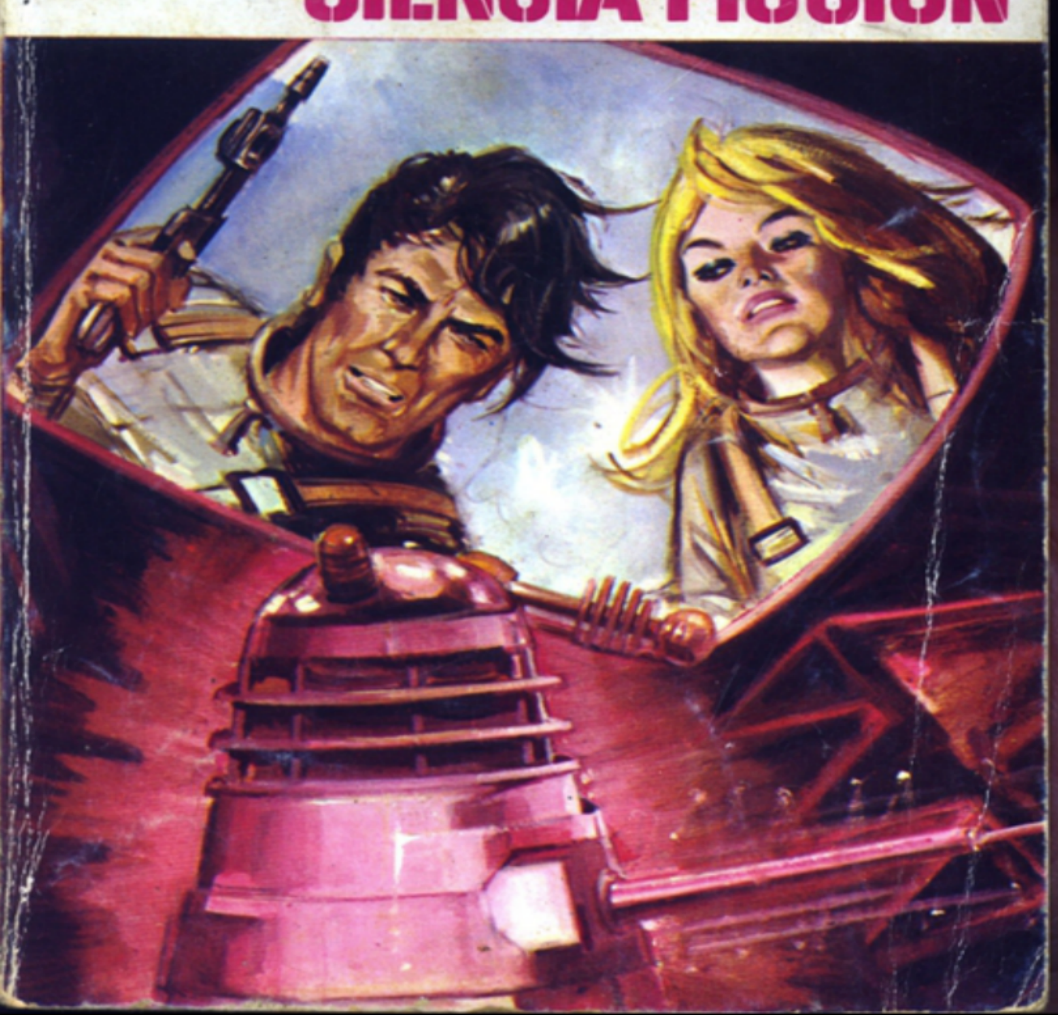
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# LA MAQUINA IMPOSIBLE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

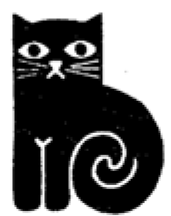


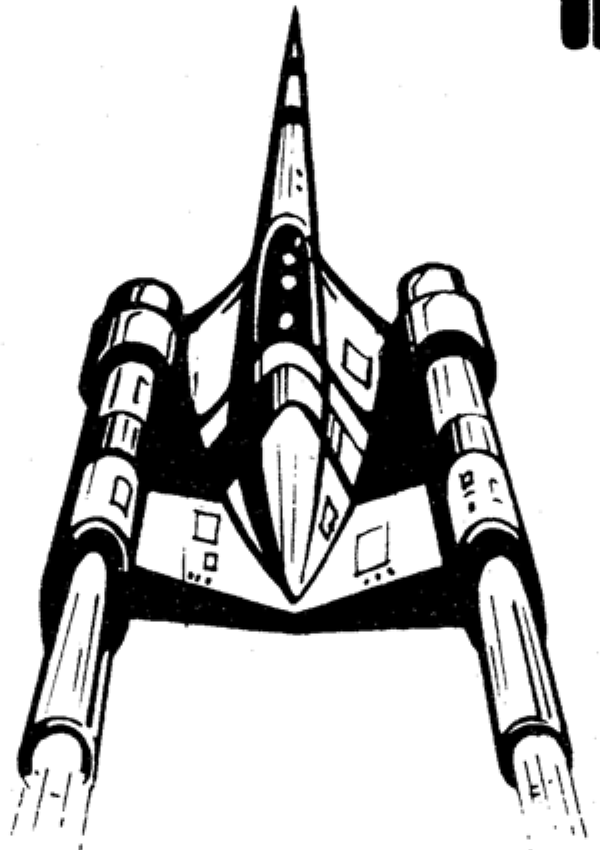



# LA MAQUINA IMPOSIBLE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





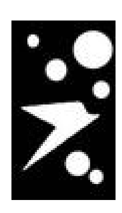
# La conquista del ESPACIO

GLENN PARRISH

# LA MÁQUINA IMPOSIBLE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 480

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 28.416 - 1979

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1979

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —*Genes de muerte,* Burton Hare.
2. —*El viaje infinito,* Clark Carrados.
3. —*La patada sideral,* Ralph Barby.
4. —*La diosa terrestre de Glaxo,* Joseph Berna.
5. —*Enemigos ocultos,* A. Thorkent.

# CAPITULO PRIMERO

En aquellos momentos no había mucha gente en el Banco; quizá media docena de clientes, más los empleados, que eran siete u ocho. Tratábase de una sucursal de poca importancia, lo cual explicaba sobradamente la escasez de empleados y clientes.

La tranquilidad era la norma imperante. Algunos de los clientes se conocían y charlaban apaciblemente, mientras les llegaba la hora de ser atendidos. Pero, de repente, algo quebró la paz de aquellos instantes.

Sonó un disparo. Un nombre gritó:

—¡Todo el mundo, manos arriba! ¡Esto es un atraco!
¡Soy «El jinete del Espacio»!

El asombro de todos los que se hallaban en el Banco fue grande, aunque hasta cierto punto, relativo.

—Tenía que tocarnos a nosotros — refunfuñó un empleado, mientras, con las manos en alto, observaba al estrafalario individuo que se proponía despojar al Banco de buena parte de sus caudales.

A finales del siglo xxi, aquella vestimenta resultaba incongruente y disparatada. El atracador vestía como un vaquero de opereta: enorme sombrero de alas anchas, don una copa en la que cabían treinta o cuarenta litros-' de líquido — el famoso Stetson «Diez galones»—, pañuelo rojo al cuello, camisa azul eléctrico, de seda, enormes chaparreras, adornadas con discos de plata, botas de medio tacón, con infinidad de adornos y espuelas con grandes rodelas.

Naturalmente, también usaba revólveres, en un cinturón canana prolijamente adornado... pero los revólveres, a pesar de su espectacular decoración eran auténticos y podían matar.

El atracador arrojó una bolsa sobre el mostrador.

—Llénela — ordenó.

El cajero obedeció sin rechistar. Una vez hubo puesto en la bolsa todos los billetes que tenía a mano, el atracador la agarró con la mano izquierda, mientras movía el revólver con la mano derecha.

—¡Que nadie se mueva! —exclamó—. «El Jinete del Espacio» es

implacable con quienes desobedecen sus órdenes.

Instantes después, llegaba a la puerta. Lanzó una estridente carcajada de burla y se precipitó hacia el singular vehículo que le aguardaba junto a la acera.

Clientes y empleados se precipitaron hacia las ventanas, a fin de poder comprobar personalmente si las hazañas del «Jinete del Espacio» eran auténticas o una invención de los periodistas. Al menos, la primera parte, había resultado de una autenticidad total.

Faltaba la segunda parte.

Corriendo con gran agilidad, el atracador saltó sobre la silla de montar, sorprendentemente sujeta a un tubo alargado y terminado en punta, de unos cuatro metros de largo por setenta centímetros de diámetro, aproximadamente.

Aquel artefacto disponía de aletas y timones en la cola, además de un juego de ruedas, muy pequeñas, que le servían para cortos desplazamientos en el suelo. Delante de la silla, «El Jinete del Espacio» disponía de un compacto cuadro de mandos. Movió una palanca y el cohete eyectó por la cola un rugiente chorro de llamas y humo.

Un segundo después, inició un rapidísimo despegue. El atracador accionó los mandos de elevación y el cohete alzó el morro. Y entonces, algo retuvo a la silla, la arrancó del cohete y el atracador, la silla y su botín, rodaron por tierra.

El cohete se perdió rugiendo en las alturas. «El Jinete del Espacio», ahora sin su montura, quedó aturdido en el

suelo, a causa del golpe recibido, aunque todavía con el conocimiento suficiente para ver al hombre que se le acercaba, encañonándole con una pequeña pistola.

—Hermano, el juego se ha terminado — dijo Jerry Katz.

* * *

—Bueno, nos ha librado usted de una preocupación y ha acabado con las críticas que nos dirigían — exclamó Robert Simmons,

comisionado general de Policía de New Plains —. La verdad, ya empezaba a creer que nunca podríamos echarle el guante a ese condenado «Jinete del Espacio».

—Hubo un poco de suerte, señor — sonrió Katz.

—Pero ¿cómo lo hizo, Jerry?

—Oh, resultó sencillo. Precisamente me dirigía al Banco, cuando vi el cohete parado ante la puerta. Cuando aprecié una silla de montar sujeta al tubo, sospeché inmediatamente de quién se trataba.

—Y ató una cuerda a la silla y a un farol.

—Verá, señor… Mi asistenta es un poco anticuada y me encargó comprar cuerda para el tendedero del patio posterior de la casa. Llevaba el rollo en las manos y…

—No cabe duda que fue una idea genial. Jerry, ese maldito atracador había conseguido ya casi un millón de neodólares. Cierto que no había causado víctimas en ninguno de sus cinco golpes, pero, inevitablemente, algún día, alguien se hubiera resistido… En fin, será mejor que dejemos esto. Tengo algo importante que encargarle.

Simmons se levantó, fue a un rincón y llenó dos vasos con café, uno de los cuales entregó a su subordinado.

—Me lo ha encomendado muy especialmente el nuevo Secretario de Finanzas —dijo, después de unos sorbos—. Si la noticia se extiende, puede producirse un pánico financiero, de consecuencias incalculables.

Katz se alarmó.

—¿Alguna estafa de altos vuelos, señor? — preguntó.

—Oh, no, nada de eso. Mire, ahí, sobre la mesa, tiene dos billetes de cincuenta neodólares. Examínelos y dígame cuál de los dos es el falso.

Katz vació el vaso y lo tiró a una papelera. Luego se acercó a la mesa y tomó los billetes con ambas manos, volviéndose hacia la ventana, a fin de contemplarlos al trasluz. Al cabo de unos segundos, giró nuevamente.

—Son exactamente iguales, señor — dijo.

—Sí — confirmó Simmons—. Pero ¿qué más ve en ellos?

Katz volvió a mirar los billetes.

—¡Tienen la misma numeración! —exclamó repentinamente.

—Exacto. Y eso es lo que convierte el caso en un barril de dinamita.

—¿Piensa usted que el falsificador ha repetido el mismo número de serie en todos los billetes que ha fabricado?

—Jerry, a veces no sé ni lo que pienso — contestó Simmons—. Antes de que usted entrase en este despacho, esos billetes fueron objeto de un examen rigurosísimo, como jamás se ha hecho antes con otros billetes falsos. Si se fija bien, eh uno de ellos hay un puntito negro en el ángulo superior izquierdo del anverso.

—Sí, es cierto.

—Bien, lo hemos hecho así, para identificar el billete válido. De otra forma, ni los expertos más expertos,valga la redundancia, podrían decir cuál es el bueno y cuál es el malo.

—¡Asombroso! —calificó Katz.

—No lo sabe usted bien, muchacho. Pero aún hay algoque le asombrará más todavía. Dejando de lado la perfecta reproducción de todos los detalles, papel, tinta, dibujos..., lo más curioso de todo es...

Simmons dejó de hablar unos instantes, para aplicarse a encender un grueso habano. Continuó, después de unas espesas bocanadas de humo:

—Se puede imitar el papel de que están hechos losbilletes, se puede fabricar uno exactamente igual, delmismo grano y de idéntico grosor. Pero, inevitablemente,entre dos billetes legítimos, habrá algunas diferencias microscópicas.

»Me explicaré mejor, Jerry. Aunque esos dos billetes hayan sido elaborados con la misma hoja de papel, éste presenta siempre unas imperfecciones de grano y textura, fácilmente detectables con el microscopio. A veces, se encuentra una especie de hueco o valle, de una profundidad no superior a la milésima de milímetro, o una línea alargada, que no se nota a simple vista..: En fin, incluso la hoja de

papel absolutamente lisa, vista al microscopio, presenta unos accidentes que la convierten en una superficie lunar.

—Eso es cierto, señor — concordó Katz.

—Pues bien, en los dos billetes, las irregularidades son absolutamente idénticas. Véalo usted mismo, Jerry.

Simmons apagó las luces y encendió un proyector. Delante de ellos, en una pantalla gigante, de casi cuatro metros de lado, se vieron los dos billetes, uno sobre él otro, ocupando casi todo el espacio disponible.

—El de arriba es el auténtico — indicó Simmons.

Katz tenía la boca abierta. Los billetes estaban aumentados a unas treinta veces su tamaño normal y vistos en transparencia, pero ello era suficiente para advertir la absoluta exactitud de todos los defectos del papel.

Simmons apagó el proyector y encendió las luces.

—El caso es suyo, Jerry — dijo.

Hubo un instante de silencio. Katz reflexionaba.

—¿Se han localizado más billetes, señor? — preguntó, al cabo de unos segundos.

—Hasta ahora, no; pero tememos que el falsificador empiece a repartir los que haya elaborado... ¡Santo Dios, si utiliza la numeración correlativa, se producirá una catástrofe financiera mundial!

—Usted opina que la repetición del mismo número de serie es un error del falsificador.

—Sí, pero tiene que ser un hombre muy listo y habrá sabido corregir el error sin pérdida de tiempo. Simmons masculló una interjección.

—Son dos billetes gemelos — añadió.

Katz oyó aquellas palabras y se agitó un momento.

—Señor — dijo—, creo que acaba de darme la solución.

Simmons respingó.

—Jerry, no me diga que conoce al falsificador — exclamó.

—No puedo prometer nada, pero me parece… Echó a andar hacia la puerta y se volvió después deunos cuantos pasos.

—Dos gemelos nacen del mismo claustro materno, una reproductora perfecta, donde las haya — dijo.

—Esa «máquina», sin embargo, no es capaz de reproducir las mismas huellas dactilares en los dos gemelos — objetó Simmons.

—Por lo que yo sé, y aunque escasísimos, se han dado unos casos en que los gemelos sí tenían las mismas huellas dactilares. Señor, no quisiera pecar de optimismo, pero es muy posible que antes de que acabe el día le traiga al falsificador, cogido de una oreja.

—Si lo hace, recibirá las bendiciones de todos nosotros, empezando por el Presidente y el Secretario Mundial de Finanzas.

Katz volvió a sonreír.

—Tendrá noticias mías muy pronto, señor — se despidió.

## CAPITULOII

El patio de la casa era un batiburrillo de chismes y cachivaches de todas clases, algunos con formas delirantes, absolutamente incomprensibles para nadie que no fuese su propio autor. Con las manos en las caderas, Jerry contempló aquel insólito espectáculo, mientras pensaba que el profesor Challoner no había cambiado con el paso de los años.

—Siempre será el mismo — murmuró.

Un enorme gato, blanco y rojo, se encaramó a lo alto de un cajón vacío y le contempló especulativamente. Al lado había una mujer, doblada sobre el respaldo de una silla. Vestía blusa blanca y pantalones azul oscuro, muy cortos, pero estaba completamente inmóvil.

Katz se acercó, temeroso en un principio. Pronto comprobó que se trataba de una muñeca tamaño natural.

Frunció el ceño.

—¿Será posible que a Challoner le gusten las muñecas hinchables?

Siguió andando. De pronto, oyó un leve ruido. Algo golpeó su hombro y se sobresaltó. El gato ronroneó, frotándose contra su mejilla.

Katz acarició su sedosa piel.

—Buen susto me has dado, bribón — sonrió.
Llegó a la puerta de la casa, de aspecto bastante des
cuidado, y la abrió.

—Eh, ¿no hay nadie aquí?

En alguna parte, se oyó ruido de agua que corría.

A los pocos segundos, un hombre apareció, ajustándose los pantalones.

—¿Qué hace usted en mi casa? — preguntó hostilmente.

—Me llamo Jerry Katz, profesor Challoner. Tercer Curso de Física Superior, año dos mil ochenta y ocho.

Challoner entornó los ojos.

—Le recuerdo — dijo —. Sí, Jerry Katz. Un brillante alumno, pero vago como pocos, y que no fue capaz de terminar la carrera.

—Decidí que no me gustaba, señor — sonrió eljoven.

—Bueno, no se te puede reprochar. A muchos otros no les gustaba tampoco, pero la terminaron y ahora están de simples amanuenses en una oficina. ¿Qué te trae por aquí, si puede saberse?

Katz miró a su alrededor. La casa, aunque grande, era modesta y se advertía en ella cierta penuria económica.

—¿Vive solo, profesor? — preguntó.

—Sí, no necesito a nadie. Salvo a «Ruff». Me hace mucha compañía; es un gato muy inteligente. Has sabido hacerte amigo de él, ¿verdad?

—Él se ha hecho mi amigo —sonrió Katz—. Profe
sor, desearía hacerle una pregunta.

—Sí, desde luego. Oh..., ¿quieres tomar un poco de café?

—Bueno.

—Ven conmigo a la cocina.

Katz siguió al profesor. Challoner encendió un hornillo de una forma extraña, debajo del cual se divisaba un minúsculo puntito blanco, que despedía un intensísimo resplandor.

—Fuego solar —dijo.

—Interesante.

—La compañía eléctrica me cortó el fluido, por falta de pago. No la necesito para nada; el sol me proporciona toda la energía que se precisa en esta casa. ¿Un terrón?

—Dos, profesor. -

Tomaron el café en silencio. Luego, Challoner fue aun frigorífico, lo abrió, sacó una botella de leche y puso en un plato parte de su contenido. Inmediatamente, «Ruff» abandonó el hombro del visitante.

—Jerry — dijo por fin Challoner—, tú no estás aquípara saludar a un antiguo profesor. Has venido a vermepor otros motivos. ¿Por qué

no hablas claro de una vez?

Katz fue a encender un cigarrillo, pero se contuvo oportunamente.

—Hace algunos años, le oí hablar a usted de una máquina que podía reproducir todo — dijo lentamente.

Challoner entornó los ojos.

—De modo que es eso — murmuró.

—Sí, señor.

—Llegué a construirla. Y funcionaba perfectamente. Reproducía cualquier cosa que se le programase adecuadamente.

—Por ejemplo, billetes de Banco.

Un denso silencio gravitó repentinamente en la estancia.

—Han encontrado alguno de los que fabriqué — dijo Challoner al cabo.

—Sí, señor.

—Lo siento muchísimo; aquello lo hice en un momento de desesperación. Francamente, no tenía ni siquiera para comprarme un bocadillo de salchicha.

—¿Cuántos billetes reprodujo?

—Diez. Quinientos neodólares en total. Aquello me permitió sobrevivir hasta...

—¿Hasta qué...?

—Bien, alguien vino y me «compró», es un decir la reproductora. Fue una compra legal, por supuesto, y no me pagaron mal..., pero cuando firmé el contrato, tenía una pistola apoyada en la nuca. Aquel individuo estaba dispuesto a apretar el gatillo, créeme. —Challoner hizo un gesto de pesar —. Lo lamento terriblemente; soy un cobarde y...

Katz sonrió, comprensivo.

—Nadie se lo puede reprochar — dijo—. ¿Quién lecompró la reproductora?

—:Se llevaron algunos inventos más; un localizador,de corrientes de aguas subterráneas; una perforadora molecular… y el generador solar, claro. Me pagaron doscientos cincuenta mil, una fortuna para mí, en cierto modo.

—Por favor, el nombre de ese individuo, profesor —rogó Kats, impaciente.

—Fern Sittakopf.

* * *

Katz miró incrédulamente a su interlocutor.

—¿El ex Secretario de Finanzas?

—Sí, el mismo.

—Me parece…

—¿Qué te parece? — barbotó Challoner—. ¿Por qué te crees que ahora es un «ex»? El anterior presidente llevó a ese ministerio a un auténtico «gánster». A pesar de todo, quiso mantenerlo en el puesto, pero lo echó cuando se supo que empleaba su cargo para aumentar la fabricación de billetes legítimos con los que acrecentar su cuenta corriente particular. Y las de sus amigos, claro. ¿Por qué te crees que el anterior presidente tuvo que dimitir, eh?

Katz asintió

—Tiene usted toda la razón del mundo — convino.

—No sé cómo se enteró, pero lo supo y me vaciócasi todo el laboratorio. Es todo lo que puedo decirte,Jerry.

Katz arrugó el entrecejo. El caso se complicaba mucho más de lo que había sospechado en un principio.

—Tendré que buscarlo — dijo.

—Ándate con ojo. Sittakopf es capaz de todo, incluso del asesinato.

—Lo sé, profesor.

—Bueno, si es eso todo lo que quieres de mí…

Katz vaciló un instante. Había prometido llevarle asu jefe al falsificador, pero ahora las circunstancias habían sufrido un giro completamente radical. El profesor, como todo ser humano, podía tener sus defectos, pero no era un mentiroso. Por tanto, si decía que sólo había reproducido diez billetes, era preciso creerle.

El peligro no estaba en Challoner, sino en el sujeto carente de escrúpulos que era Sittakopf. El ex Secretario de Finanzas sería capaz de reproducir miles y miles de billetes, sin ningún remordimiento de conciencia.

Era lógico suponer, además, que estaría bien escondido. El caso, tan simple en un principio, se había complicado ahora de una forma extraordinaria.

—Profesor, quiero pedirle un favor — dijo al cabo.

—Desde luego — accedió Challoner.

—No abandonará la ciudad, supongo.

—Oh, ¿por qué? Tengo trabajo, y ahora puedo permitirme el lujo de autofinanciar mis experimentos, sin necesidad de mendigar unos neodólares a cualquier bastardo al que le sobren.

—¿Qué está haciendo ahora? — sonrió Katz.

—Estoy terminando los planos de un avión, accionado por energía solar, lo que excluye la utilización de cualquier combustible.

Katz silbó. Challoner lo conseguiría, se dijo. Era un hombre de una mente realmente privilegiada.

—Será una revolución — pronosticó.

—No lo dudes. Una energía gratuita, inagotable y no contaminante. Una vez haya probado el primer prototipo satisfactoriamente, construiré un generador mucho más potente, lo que permitirá su instalación en las astronaves.

—Pero cuando se alejen del Sol…

—La energía solar es prácticamente ilimitada, muchacho. Su potencia, debidamente multiplicada por los amplificadores correspondientes, permitirá rebasar sin inconveniente alguno los

límites del Sistema Solar. Y más allá, puesto que hay infinitas estrellas de características similares a las de nuestro Sol. No, la energía solar es algo que no se agotará, mientras exista nuestro Universo.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor.

«Ruff» dormía en su cesto, hecho un ovillo. Katz consideró llegada la hora de despedirse.

—Volveré a verle pronto y le traeré noticias — dijo.

—Siento no poder decirte dónde está Sittakopf, muchacho.

—Ya lo encontraremos, no se preocupe. Por cierto, profesor… ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro.

—He visto afuera una muñeca con figura femenina. Profesor, usted es un hombre sensato, equilibrado… y no un anciano precisamente. Todavía puede encontrar una mujer.

Challoner sonrió maliciosamente.

—No es lo que te figuras — dijo—. La muñeca no es sino un robot que me estoy construyendo.

—Oh…

—Pero el rostro no me gustaba y la dejé afuera por el momento.

—Puede estropearse al aire libre.

—Es un material indestructible, no te preocupes. Pero, por otra parte, había algunos defectos en el funcionamiento de sus miembros y es lo que trato de solucionar en estos momentos. Cuando haya resuelto el problema, le daré un rostro que sí me guste y tendré una doncella que no me costará un solo centésimo y que me liberará de trabajos enojosos.

—Le felicito, profesor. He tenido mucho gusto en saludarle.

—Encantado, Jerry.

Katz abandonó la casa y salió al patio. Caminó unos cuantos pasos y volvió a ver a la muñeca, en la misma posición. De pronto, se le ocurrió una idea irresistible.

La doncella-robot; ¿tendría la parte externa del cuerpo elástica v flexible como la de una persona?

Era preciso reconocer que, anatómicamente, estaba muy bien construida. Katz se acercó a la muñeca y alargó la mano derecha.

—Lástima que este apetitoso traserono sea auténtico — murmuró, a la vez que le arreaba un fuerte pellizco.

Entonces, la muñeca hizo «¡Ay!», se enderezó bruscamente, giró sobre sus talones y atizó al joven una bofetada que le hizo dar una vuelta sobre sí mismo.

* * *

Con la mano en la mejilla afectada por el golpe, Katz miró estupefacto a la hermosa joven que tenía ante sí y sobre cuya personalidad humana no cabía la menor duda. Sobre todo, si se fijaba en los movimientos de los senos, redondos y suaves, pero firmes, que se agitaban por la respiración más rápida de lo normal, causada por la indignación que la poseía.

—¡Grosero! — le apostrofó ella —. Pero, ¿ qué se hacreído...?

Entonces fue cuando el estupefacto Katz vio la muñeca, al otro lado de unos cuantos cajones vacíos. Las vestimentas de la joven encantadora y de la muñeca eran muy parecidas; de ahí la confusión sufrida.

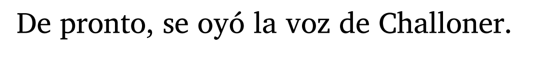
—Perdone, señora... Pensé que era la muñeca... — tartamudeó—. Cuando .llegué, estaba así, como usted, cuando yo...

Ella le miró burlonamente.

—¿Le gusta pellizcar el trasero de las muñecas?

—El de las mujeres de carne y hueso — respondió él—. Me llamo Jerry Katz.

—Yo soy Lulla Zenda — dijo ella. Volvió a sonreír, con ojos chispeantes —. Admito la confusión y acepto sus excusas — añadió, a la vez que le tendía la mano espontáneamente.


De pronto, se oyó la voz de Challoner.

—¡Lulla! ¿Qué haces aquí?

—Ah, hola, tío Irving. Estaba hablando con Jerry... Se me había caído un pendiente y lo estaba buscando, cuando...

Katz se arrodilló de pronto y recogió con dos dedos un objeto que despedía vivos destellos.

—Creo que lo he encontrado-ˆdijo.

—Gracias — sonrió la muchacha. Challoner se acercó a la pareja.

—Me alegro de verte, Lulla — manifestó—. Precisamente, iba a llamarte por videófono.

- ¿Sucede algo, tío?
- —Necesito que me compres unas cuantas cosas. Entra en casa y te daré el dinero.—Sí, desde luego.
- Lulla se volvió hacia el joven.
- —He tenido mucho gusto en conocerte, Jerry.—No sabía que fueras sobrina del profesor — dijo el joven.—En realidad, le llamo así por costumbre. Sólo soy su ahijada.—Los padres de Lulla murieron cuando ella era una niña de pocos años. Yo me hice cargo de su educación — explicó Challoner.—Entiendo. Bueno, adiós a los dos.
- Katz echó a andar, pero, de pronto, se desvió un poco y se agachó para darle vuelta a la muñeca, cuyo rostro observó durante unos momentos. Luego, despreciativo, la arrojó a un lado.
- —Bah, un robot — dijo.
- 
- * * *
- Simmons se aterrorizó cuando supo la noticia.
- —Sittakopf tiene la moral de un tiburón hambriento y siente los mismos remordimientos que un caracol fósil del Silúrico—Usted quiere decir un «ammonites» — sonrió Katz.—Llámalo como quieras, pero esto puede hundir totalmente nuestro sistema.—Y, ¿no lo hace Sittakopf acaso deliberadamente, más por vengarse en sí, que por el dinero que pueda conseguir con la reproductora del profesor Challoner?—Yo no me fío en absoluto de ese caimán — respondió Simmons —. Sea lo que sea, es preciso pararle los pies antes de que sea demasiado tarde.—Bueno, a fin de cuentas, tiene la reproductora legalmente. Se la

compró al profesor… aunque claro, alguienpuso una pistola en la nuca de Challoner para que firmase los documentos pertinentes.

- —¡Eso me basta! —exclamó el Comisionado—. Solicitaré de un juez un mandato de detención, por coacciones, y someteremos a ambos a la prueba de hipnosis. Hoy día, es una práctica forense absolutamente legal.—Claro. Si demostramos que Challoner tuvo que vender a la fuerza, la operación quedará anulada.
- —Exactamente. Luego pediremos al gobierno un decreto de expropiación legal de esa máquina y otro sobre su uso exclusivo por funcionarios debidamente autorizados, excluyéndose del mismo a los particulares. Mientras tanto, ¿por qué no te vas y echas un vistazo a la maquinita en cuestión?—¿En la propia casa de Sittakopf?
- —Desde luego.—Mañana, en todo caso. Hoy es demasiado tarde.Además, no creo que Sittakopf la utilice para hacer algoque podría costarle muy caro. Puede tener todos losdefectos del mundo, pero no es tonto, y sabe que nopodría reproducir los billetes de Banco, porque eso sería su ruina definitiva — dijo Katz, absolutamente segurode sus convicciones sobre el particular.

- CAPITULOIII
- Los ojos de Fern Sittakopf contemplaron avariciosamente los cuatro ejemplares de billetes de Banco que le tendía el individuo recién llegado a su residencia. Sittakopf era un sujeto alto, delgado, de nariz ganchuda yorejas un tanto picudas, que le daban una rara apariencia de demonio. Los que le conocían bien solían decir que su aspecto personal reflejaba exteriormente, con absoluta exactitud, lo que había en el interior de su mente, Pero no se !o decían a la cara.Sittakopf había intervenido en política, con la misma eficiencia de un ladrón de gallinas en una granja avícola. Los murmuradores aseguraban que llegó a considerar el ministerio de Finanzas como cosa tan propia como las ropas que vestía, hasta que el escándalo se hizo imposible de tapar y hubo de dimitir forzosamente, arrastrando en su caída al presidente que le había llevado a ocupar tal puesto. Desde entonces, Sittakopf se sentía resentido con el mundo entero y se había prometido a sí mismo ejecutar una venganza, que nadie olvidaría en diez mil años.El profesor Challoner iba a servirle para ejecutar tal venganza. Y, desde luego, el doctor Moran, cuyos servicios había contratado a precios exorbitantes. La moral del doctor Moran se había reblandecido súbitamente cuando ovó la cifra que le iban a pagar por una pequeña operación y todo escrúpulo desapareció de su mente con enorme rapidez.
- —Esto es magnífico, doctor — exclamó Sittakopf—. ¿Cómo lo ha conseguido?
- Moran, simulando modestia, carraspeó.
- —Bueno, en realidad... No es tan difícil. La tinta esindeleble, por supuesto, y no puede eliminarse por procedimientos exclusivamente químicos. Pero si se empleael que yo llamo aspirador molecular... Bueno, la superficie del papel queda completamente limpia en los lugares que usted puede apreciar...
- Sittakopf palmeó efusivamente las espaldas del científico.
- —Maravilloso, doctor, maravilloso — exclamó. —-Gracias, Irving. Y, dígame., ¿para qué quería ustedque yo eliminase los números de estos billetes?
- —Oh, quiero gastarle una broma a un amigo... Nose preocupe, doctor; usted ya ha cumplido con su parte.
- Moran no insistió. La petición de Sittakopf se le antojaba de lo más insólito, pero puesto que le habían pagado bien, él no iba a meterse en las operaciones posteriores que realizase el sujeto.En la estancia, además de Sittakopf y Moran, había otros dos individuos, Chubb Douglas y Kid Spoons, ambos

absolutamente fieles al primero y capaces de cumplir cualquier orden, por inhumana que fuese. Douglas y Spoons eran los únicos que estaban en el secreto de los planes de Sittakopf y, obviamente, se sentían plenamente de acuerdo con su jefe.Sittakopf volvió a examinar los billetes, de cincuenta,cien, quinientos y mil neodólares. Las cifras de la numeración habían desaparecido por completo, sin que en el papel se observase el menor rastro de la manipulación efectuada por el doctor Moran.Una tenue sonrisa apareció en el rostro de Sittakopf.

- —Chubb, acompaña al doctor hasta su aeromóvil — ordenó. —Sí, señor. ¿Doctor?
- —Hasta la vista, Irving — se despidió Moran.Sittakopf no dijo nada. Sólo sonreía. Pero pensó:
- «Hasta nunca, imbécil.»Moran salió al patio posterior de la casa, donde estaba su aeromóvil, se sentó en el puesto de piloto y agitó una mano.
- —Adiós, Chubb.—Buen viaje, doctor.
- El aeromóvil se elevó en el acto. Douglas sonreía de un modo muy especial. El doctor Moran no podía ver el largo hilo metálico que colgaba del vientre del aparato.A unos mil metros de distancia, el hilo rozó unos cables de alta tensión, por los que la corriente circulaba a doscientos diez mil voltios. Hubo un largo pero tenue relámpago y luego se vio un fuerte chispazo. El aeromóvil cayó a tierra instantáneamente.Douglas entró en la casa.
- —Ya está — dijo.—Pobre hombre — suspiró Sittakopf—. ¿Cómo habrá podido ser tan descuidado?—Los sabios, ya se sabe, son siempre unos tipos muy distraídos — rióSpoons.
- Luego se acercó a la máquina que había en un rincón y la acarició con una mano.
- —Jefe, ¿de veras dará resultado? — preguntó, un tanto dubitativo.
- Sittakopf agitó los billetes que tenía en la mano.
- —¿Para qué crees que le hice a ese idiota quitase los números de serie? Reproducir un billete es fácil, pero siempre te saldrá con el mismo número, ¿verdad? Pero ¿qué pasará si todos los billetes tienen una numeración correlativa? Nadie se fijará en ellos, nadie sabrá si el billete que tiene en las manos está hecho por la Casa de la Moneda o por nosotros.—Es cierto —convino Spoons—. ¿Cuándo empezamos?
- De pronto, se oyó el zumbido de un videófono situado en la habitación contigua.
- —Esperad un momento — dijo Sittakopf —. Voy a atender esa llamada.

- Spoons y Douglas quedaron frente a frente, charlando amigablemente. Sittakopf volvió un minuto después, con la frente cubierta de sombras.
- —Tenemos que largarnos — anunció.—¿Qué pasa? —preguntaron los dos esbirros al unísono.—Todavía conservo buenos amigos en las altas esferas. Alguien va a presentar una demanda de anulación del contrato de compraventa de la reproductora.—Eso no puede ser — protestó Douglas airadamente.—Si consiguen que declaremos bajo hipnosis, y no les costará mucho, el juez declarará anulado ese contrato y ordenará devolver a su dueño todo lo que le he comprado. Vamos, pronto; es preciso cargar todas las cosas en el aeromóvil pesado. Por fortuna, antes de mañana no se firmará ese mandamiento judicial. Tenemos tiempo de sobra, a poca prisa que nos demos.
- —¿Adónde vamos, jefe? —preguntó Spoons. Sittakopf sonrió malignamente.
- —A un sitio en donde nadie nos encontrará jamás, a menos que lo deseemos nosotros — contestó.
-
- * * *
- Con el documento del juez en el bolsillo, Jerry Katz contempló la absoluta desolación de la vasta estancia en la que, según todos los indicios, habían estado los aparatos que Sittakopf había comprado al profesor Challoner.
- —El tipo ha recibido un «soplo», no cabe duda— murmuró.
- Ya había examinado la residencia desde el tejado al sótano, y no había encontrado el menor rastro del sujeto al que debía entregar el mandamiento del juez. Por más esfuerzos que había hecho, no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria. Sittakopf y sus dos hombres de confianza, él los conocía muy bien, se habían convertido en humo.De pronto, vio algo que brillaba en el suelo y se agachó para recogerlo. Era un tubo de metal dorado — incluso pensó que podía ser oro puro—, de medio centímetro de grueso y con forma de U de ramas rectas. Los extremos de las ramas laterales terminaban en punta cónica y tenían cada uno un orificio de forma hexagonal, de un ancho menor de un milímetro. En la rama central había tres orificios en triángulo equilátero, de la misma forma y dimensiones.Parecía la pieza perdida de algún artilugio, cuyo objeto ignoraba. Casi mecánicamente se lo echó al bolsillo y luego extrajo una cajita plana, menor que un paquete de cigarrillos y mucho más delgada. Había una pantalla de dos centímetros cuadrados y en la base unos botones de mando.El

rostro de Simmons apareció a los pocos segundos.

- —¿Jerry?—Malas noticias, jefe. El pájaro ha levantado el vuelo. No ha dejado siquiera una brizna de paja en el nido.
- —¡Maldición! —juró Simmons—. ¿Es cierto lo que estoy oyendo?—Si no me cree, pellízquese el trasero — aconsejó Katz irrespetuosamente.
- —Alguien se «chivó». Ese hijo de puta tiene todavía muchos amigos en algunas partes.
- —Es posible — admitió el joven —. Pero si se ha escapado, significa que teme algo...—Y que planea algo nada bueno.—Sí, señor.
- —Jerry, Sittakopf se ha escondido en alguna parte. La Tierra no es suficientemente grande para descubrir su escondite, vaya a donde vaya, ¿entendido?
- —Mire, jefe; si le parece, iré a investigar a la estación de Policía de este pueblo. Allí conocerán a Sittakopf y sus costumbres, me imagino.—No es mala idea. Empieza por ahí; ya nos veremos luego.
- La pantalla se apagó. Katz se echó el televisor al bolsillo y abandonó la casa. Desde el patio, divisó un grupo de hombres situado al pie de una enorme torre de alta tensión.Aunque la distancia era larga, le pareció ver un uniforme policial. Inmediatamente, tomó una decisión y subió a su aeromóvil. A marcha lenta, llegó junto al grupo en un par de minutos. Un hombre con camisa caqui,sombrero de anchas alas y estrella de metal al pecho, se le acercó recelosamente.
- —Soy el comisario Barlow—se presentó—. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí?
- Katz sacó su billetera.
- —Lea, por favor, comisario.
- El tono de Barlow cambió de inmediato.
- —Estoy a su "disposición, inspector — manifestó—. ¿En qué puedo servirle?—Parece qué se ha producido un accidente...—Sí, señor, ayer por la tarde. El piloto de ese aeromóvil llevaba un hilo metálico colgando y rozó los cables de alta tensión. La descarga lo mató en el acto y el aeromóvil se estrelló contra el suelo.—¿Un hilo metálico colgando? —se asombró Katz—Bueno, según nos dijeron, era un tipo muy distraído. Quizá no se dio cuenta... En fin, ya no lo sabremos nunca, inspector. Lo peor de todo es el apagón que provocó ese accidente, aunque, por fortuna, ya se ha reparado la avería y la corriente actúa con entera normalidad. Ya ve, a punto de entrar en el siglo XXIIy todavía tenemos líneas aéreas de alta tensión. Y es que las compañías eléctricas con tal de ahorrarse un centésimo de

neodólar... ¿Acaso le interesaba el difunto, inspector?—No lo creo — contestó—. La persona a la que yo busco no tiene nada de distraído. Se llama Irving Sittakopf.—¿Cómo? ¿No está en su casa? — se asombró Barlow—. Pero si ayer por la tarde estuve yo hablando, después del accidente. Fue el propio Sittakopf quien me facilitó la identidad del difunto, un buen amigo suyo, el doctor Moran.—¿Doctor Moran? ¿Médico?

- —No. Creo que químico, pero no le puedo decir mucho más. Sittakopf parecía terriblemente afectado. Habían estado conversando juntos aquella misma tarde... El fue quien me dijo que el doctor Moran era un tiposumamente distraído.—Comisario, el señor Sittakopf no está en su casa.Hay evidentes indicios deuna marcha precipitada, unafuga, para ser más claros. ¿Conoce usted algún otro lugar al que pueda haberse dirigido Sittakopf?
- —No, señor, lo siento. Verá, inspector, conozco lafama de que goza Sittakopf y, naturalmente, no apruebosus procedimientos. Pero aquí fue siempre un vecinocortés y un perfecto cumplidor de la ley. En esta población no tenemos nada contra él, ni oficial ni particularmente.—Sittakopf es un hombre afortunado, al disponer de unos amigos tan fieles — comentó Katz, sarcástico.
- Lanzó una mirada al grupo de personas que se afanaban en torno a los restos del aeromóvil y meneó la cabeza.
- —De modo que químico — murmuró.—Sí, inspector.—Está bien, gracias, comisario. Si tuviera noticias de Sittakopf, llamé a la División Central de Informaciones Especiales, Comisionado Simmons.—Así lo haré — prometió Barlow.
- Momentos después, levantaba el vuelo. Programó la ruta de regreso, conectó el piloto automático y puso en funcionamiento el televisor de a bordo.—Jefe, he hablado con el comisario Barlow, del pueblo donde residía Sittakopf. Se sintió muy extrañado al conocer la noticia de la fuga de nuestro hombre. Ayer por la tarde, habló con él, a propósito de un accidente, en el que murió un amigo suyo, y me ha dicho que Sittakopf no mencionó para nada su marcha. Barlow no sabe dónde ha podido esconderse.Simmons emitió un juramento.—¿Dices que murió un amigo de Sittakopf?—Sí, un tal doctor Moran. Químico, pero, por lo visto, fue una distracción...—Investigaremos la vida y milagros de Moran. Puede que no tenga relación alguna con la desaparición de Sittakopf, pero no podemos desaprovechar la menor oportunidad.—Muy bien; jefe. Mientras tanto, yo voy a hablar con Calloner. Quizá obtenga algún dato útil.

- —De acuerdo, Jerry.

- CAPITULOIV
- Katz abrió la puerta, asomó la cabeza y gritó:
- —Eh, ¿no hay nadie en la casa?
- Algo cayó sobre su hombro. Katz levantó la mano derecha para acariciar aquella sedosa bola, que ronroneaba afectuosamente.
- —Hola, «Duff». Por lo visto, estás tú solo en casa.—Te equivocas — dijo Lulla en aquel momento, apareciendo por la puerta que daba a la cocina—. Estoy yo.
- Katz contempló a la muchacha unos segundos. Lulla llevaba puesto un delantal que le llegaba a las rodillas y en las manos tenía un gran cucharón.Era una visión encantadora, con el pelo oscuro, no negro del todo, y sujeto por una cinta de color azul gris. Los ojos, grandes, rasgados, tenían unas pupilas marrón muy claro, sumamente atractivas.—¿De cocinera?—Estofado de carne con patatas y guisantes. Katz aspiró el aire con fuerza.—Huele muy bien.—A mi tío le gusta mucho. ¿Le buscas?—Quiero hablar con él, Lulla.
- —Ha salido. Supongo que llegará a tiempo para la cena. ¿Quieres tomar algo mientras tanto? Me imagino que le aguardarás aquí.—Gracias, Lulla. ¿Te han dicho alguna vez que eres un encanto?
- Ella se echó a reír.
- —No intentes conquistarme — respondió.
- —Sólo pretendo decir lo que siento — manifestó Katz.—Mi tío me ha hablado de ti. Te conoce bien de la Universidad. Tus historias amorosas se hicieron célebres.—Bah, fantasías de la gente. Los estudiantes hablan mucho, ya lo sabes.—Sí, sí — dijo Lulla con sorna—. Anda, ven; te daré algo de beber.La chica giró en redondo. Katz soltó una risita. Debajo del delantal no había falda, sino unos pantaloncitos muy cortos, de color azul oscuro.
- —¿De qué te ríes? — preguntó ella.—No, nada... Acariciaba a «Duff»... Es un gato muy sociable...
- Katz entró en la cocina y aspiró el aire con fuerza. —¿Tienes una rebanada de pan? — consultó.
- —Ya tienes hambre? — se extrañó Lulla.
- —Hija, es que ese olor es algo sólido... Se puede untar con un cuchillo sobre el pan...Halagada, Lulla se echó a reír. Destapó una botella, puso dos dedos de licor en un vaso y se lo entregó al joven.
- —Bueno, de todos modos, habrá un plato de estofado para ti — dijo.—Deja que bese el polvo que pisas — pidió él

melodramáticamente.

- —No seas tonto — dijo Lulla—. ¿Cómo van los asuntos del profesor, Jerry?
- Katz tomó un sorbo antes de contestar.
- —No muy bien — manifestó —. Habíamos ideado un plan, para recuperar todos los chismes que Sittakopf le compró bajo amenaza, con absoluta legalidad, por supuesto, pero el caso es que Sittakopf ha puesto pies en polvorosa,.llevándose todos los aparatos.—¿Y no se sabe dónde está?—En absoluto. Claro que se marchó a primera hora de la mañana, puede que antes de amanecer, aunque confiamos en encontrarle muy pronto.
- Lulla sonrió
- —Jerry, gracias por no haber llevado a mi tío ante un juez — dijo.—Bueno, la cosa no era tan grave.—Fue una época muy mala para él. Literalmente, tenía los bolsillos vacíos... Mis padres me dejaron una pequeña fortuna, cuyas rentas han servido para pagar mis estudios. Le ofrecí dejar de estudiar, para que pudiera tomar ese dinero, pero él se negó rotundamente. Y luego, claro, surgió la oportunidad de Sittakopf...
- —¿Cómo se enteró Sittakopf de que tutío había construido una reproductora?
- —Yo creo que fue cosa de la señora Leyden — respondió la muchacha.
- —¿Quién es esa dama?—Estuvo aquí durante un tiempo como ama de llaves. Debe de andar por los cuarenta años. Muy guapa,hay que admitirlo. Mi tío se chifló por ella. ¿No has visto el rostro de la muñeca que hay en el patio? —Sí, lo recuerdo.
- —Son las facciones de Philippine Leyden. Mi tío tiene la muñeca en el patio como una especie de castigo por su desvío. Para mí, Philly, así quería que la llamásemos, era una espía de Sittakopf.—¿Seguro?—Se marchó al día siguiente de la operación de venta de sus aparatos.—Yno ha vuelto a verla más.
- Lulla hizo un gesto negativo y sus rizos se agitaron graciosamente.
- —Es muy orgulloso — contestó —. Pero se había enamorado como un colegial; por eso quiso darle cara dePhilly; a la muñeca que iba a ser su robot sirviente.
- —Y luego dejó el trabajo...—Creo que es cuestión de mejorar unos cuantos circuitos. Espero que cuando lo haya conseguido, ponga al robot otra cara. ¡Ah, ahí viene! —exclamó Lulla repentinamente.
- Challoner apareció en la puerta de la cocina. «Duff» saltó al suelo y trepó al hombro del profesor.
- —Hola, Jerry — saludó Challoner—. ¿Qué haces en mi casa?

—Tengo entendido que Lulla quiere envenenarle con el estofado. Yo lo probaré primero; si no muero, usted podrá cenar tranquilamente — contestó el joven con jo vial acento.

• —Tienes un humor magnífico, muchacho. ¿Qué sabes de Sittakopf?—Poco y nada bueno — dijo Katz, ahora completamente serio.

• * * *

• El primer billete salió por la ranura y Sittakopf lo contempló arrobado.

• —¡ Es maravilloso! — exclamó. Se lo entregó a Douglas—. Toma, a la numeradora.

• Douglas llevó el billete a la máquina situada en uno de los rincones de la estancia y lo situó sobre una pequeña plataforma, con los límites debidamente marcados. Presionó una palanca y los números de serie quedaron impresos en los lugares adecuados.

• —Aquí está, jefe — exclamó, segundos más tarde.Sittakopf elevó el billete con ambas manos y lo contempló al trasluz.—Fantástico — murmuró—. Chicos, ¿os imagináis lo que puede suceder cuando esta habitación esté atiborrada de billetes hasta el techo?

• —No digas cosas así, me mareo — exclamó Spoons.

El billete era de mil. Sittakopf «imprimió» uno de

• quinientos, otro de cien y, finalmente, uno de cincuenta. Las pruebas resultaron un éxito completo. Todo marchaba a la perfección.

• —Deberíamos celebrarlo — propuso Douglas.

• —Hay un inconveniente — alegó Spoons —. El frigorífico está completamente vacío y en la casa ni hay siquiera una lata de cerveza.

• Douglas se echó al bolsillo el último billete reproducido.

• —Me llevo el de cincuenta — manifestó—. Lo probaré en el supermercado de Hot Creek.—De acuerdo. —Sittakopf sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes—. Se nos ha hecho un poco tarde, por tener que arreglar la casa. Mañana empezaremos la producción en serie, muchachos.—Esta noche nos daremos un banquete. Lo regaremos con champaña — exclamó Douglas jubilosamente.—Ten cuidado, que no te sigan — recomendó Sittakopf.—No se preocupe, jefe; soy especialista en despistar al más listo.

• El escondite estaba en un profundo cañón, a media altura, en uno de los muros. Había allí una gran cueva, que alguien había transformado en vivienda muchos años atrás. Pocos eran los que

conocían la historia de aquella original residencia, prácticamente invisible salvo desde el lado opuesto del cañón.Por supuesto, el anterior propietario no podría quejarse jamás del precio pagado por Sittakopf por la residencia. Estaba bajo seis palmos de tierra.Volando a media altura, Douglas recorrió el cañón en toda su extensión y asomó a la llanura. Ya se divisaban a lo lejos, en el atardecer, las luces del pequeño pueblo situado a la orilla del río que atravesaba el cañón.Douglas orientó el aparato hacia el supermercado, situado en las afueras. Aterrizó en la explanada de estacionamiento, saltó al suelo y se dirigió hacia el local.Durante una hora, se entregó a un auténtico frenesí de compras. Jamones, embutidos, latas de los más variados y exquisitos manjares, pasteles helados, frutas exóticas... y, por supuesto, botellas, muchas botellas y de todas clases, sin olvidar tampoco un par de buenas piernas de cordero y un costillar entero de novillo, carne, naturalmente, congelada.Necesitó tres carritos para transportar la compra, en la que le ayudó una amable empleada del supermercado. La cajera tardó casi diez minutos en obtener la cuenta. El total ascendía a cuarenta y nueve neodólares, conochenta y ocho centésimos. «Casi el nuevo billete», pensó Douglas, refocilándose de antemano con el banquete que se iban a preparar aquella, misma noche.Sacó el billete y se lo entregó a la cajera.Ella dijo:

- —Muy bonito, señor.—¿Verdad que sí, señorita? — sonrió Douglas.—Sí, en efecto. Yo tenía la idea de que los billetesde cincuenta llevaban impreso el retrato de Abe Mgombo, el primer presidente mundial, pero nunca pude imaginarme que Mgombo hubiera sido una mujer.
- A Douglas se le heló la sonrisa en los labios. — ¿Qué está diciendo, encanto?
- La cajera le tendió el billete.
- —Tendrá otro que no sea de propaganda, supongo. Douglas examinó el billete. Creyó que los ojos se lesalían de las órbitas. —Pero, ¿cómo...?
- —Por favor, señor; hay clientes esperando — le apremió la cajera.
- Afortunadamente, Douglas llevaba dinero legítimo y pudo salir del paso con un billete que la cajera siaceptó. El sujeto se sentía terriblemente desconcertado. No entendía en absoluto lo que sucedía.Los otros billetes habían resultado unas copias perfectas, él lo había visto con toda claridad. En cambio, confiado en el éxito de la reproductora, apenas si se había lijado en el billete de menos valor.Y aquel billete llevaba en su centro

el retrato de una mujer que conocía muy bien, aunque no con tanta intimidad como Sittakopf.

- Se preguntó qué podía haber ocurrido, pero como no tenía nada de científico, no supo hallar unarespuesta medianamente congruente para aquel asombroso, fenómeno que había transformado el billete, en una simple estampilla para juego de niños. Todavía aturdido, consiguió llegar a su aeromóvil en donde, ayudado por una simpática empleada,consiguió cargar las compras que había hecho. Momentos después, levantaba el vuelo en dirección al refugio secreto.
- En su desastroso estado de ánimo, Douglas no supo darse cuenta de que alguien le había visto en aquel lugar. Un tal Hoffy Darmount se encontraba accidentalmente en el supermercado y se sintió sumamente intrigado por la presencia de Douglas en aquellos parajes.Darmount conocía las relaciones de Douglas con Sittakopf y le sabía autor de muchos trabajos nada honestos. Claro que Darmount no era tampoco lo que se dice un santo, pero presintió que en esta ocasión, Douglas estaba metido en algún negocio sumamente productivo. Por tanto, sin pensárselo dos veces, corrió a su aeromóvil y decidió seguir la ruta del de Douglas.

- CAPITULOV
- Terminó la cena y Katz se reclinó en la silla, para aflojarse un punto el cinturón.
- —He comido como un bárbaro — exclamó satisfecho—. Lulla, voy a pedir que te concedan la MedallaMáxima al Arte Culinario.
- La muchacha sonrió.
- —Es una vieja receta de la abuelita — contestó.—Felicita a tu abuela de mi parte. Y a su marido también.—¿/Por qué? El no entiende de cocina...
- —Si no hubiese un marido de tu abuelita, no habría nieta.
- Lulla se sonrojó.—¡Qué tonto eres! — Y se puso en pie, para retirar la vajilla.Katz se levantó también.
- —Te ayudaré—se ofreció.
- Al terminar, Lulla anunció que iba a preparar el café. —Espera en la sala, con mi tío.
- —Muy bien
- Challoner estaba sentado en un diván, con aire abstraído, acariciando a «Duff» con la mano. El gato se encontraba a su lado, hecho un ovillo de seda blancay roja.
- —Profesor — dijo Katz.
  Challoner se estremeció.—Eh... Ah, sí... Dime, muchacho.
- —Quiero hacerle una pregunta. Se refiere a su máquina... ¿Puede reproducir seres vivos?—Puede reproducir absolutamente todo — contestó Challoner con gran énfasis.—¿Incluso seres humanos?—Incluso seres humanos.
- —Pero no ha hecho la prueba...—No, desde luego.—La máquina reproduce cosas materiales, aunque sea un cuerpo humano. Pero la inteligencia es algo inmaterial, es la consecuencia del alma...—Si tuviese que reproducir a una persona, parte del contenido de su cerebro, por decirlo de alguna forma, pasaría al ser reproducido y por tanto, el doble sería también un ser vivo e inteligente.—Si hubiera hecho eso en la Edad Media, le habrían quemado por brujo — sonrió Katz.De pronto, se oyó el zumbido de llamada del videófono. Katz movió una mano.
- —No se moleste, profesor; yo contestaré. ¿Quiere que diga que no está en casa, si preguntan por usted?—Sí, es una buena idea.
- Katz accionó la tecla de contacto. Pero no había motivos para dar una excusa a un inoportuno. La llamada era para él.
- —Hola, Jerry — dijo Simmons —. Ya sabemos quién
  era el doctor Moran.

- —¿Sí?
- —Un químico con una reputación magnífica, pero también un hombre de moral más bien ausente. Creo que ya sé a qué fue a casa de Sittakopf.—Dígalo, jefe; no me tenga sobre ascuas.—Sittakopf no puede reproducir un billete, porque el nuevo tendría la misma numeración. Pero si mete en la máquina un billete que no tenga número «y luego lo pone en una numeradora, le saldrá una reproducción perfectamente válida. Eso es lo que creo que hizo Moran: borrar las cifras de serie del billete o billetes que Sittakopf se propone falsificar.—¿Puede hacerlo?
- —Volvería blanco al hombre negro de más absolutapureza racial y no le causaría el menor daño en suorganismo. Aunque ahora está muerto, claro.
- —Está bien, jefe.
- —Jerry, hay que buscar a Sittakopf, cueste lo que cueste.—Haré lo que pueda, señor.—Gracias, Jerry, buenas noches.—Buenas noches.
- Lulla aparecía en aquel momento con la bandeja del café en las manos.
- —¿Malas noticias?—No son buenas. Creemos que Sittakopf ha encontrado el procedimiento para borrar la numeración de un billete, sin que el papel se deteriore en absoluto, lo cual, una vez reproducido, le permitirá ponerle un nuevo número de serie, con una máquina adecuada. Y ello a todos los demás billetes que fabrique, ¿comprende?—En eso ha demostrado ser más listo que mi tío — admitió la muchacha tranquilamente—. Tío, ¿café?—Sí, gracias. Lulla. Perdonad... estaba distraído...—¿Sigue pensando en el robot con figura de mujer?—sonrió Katz, mientras removía el azúcar de su taza.
- —Tengo un pequeño problema... En cuanto lo haya resuelto, pondré manos a la obra.—¿Con qué rostro, profesor?
- Challoner hizo un gesto ambiguo. Katz no quiso ahondar en la herida.Terminó el café y se puso un cigarrillo en la boca. Al buscar fósforos en el bolsillo, encontró algo que había olvidado por el momento.
- —Eh, mire, profesor —exclamó—. Lo hallé en casade Sittakopf. ¿Pertenece acaso a alguna de las máquinas que le vendió a la fuerza?
- Challoner tomó aquel objeto con la mano y lo contempló durante unos segundos. Luego exclamó:
- —¡Dios mío! ¡Es la válvula de seguridad del generador solar!
- Katz se quedó atónito al oír aquellas palabras.
- —El generador solar...—Sí. Ciertamente, no es una válvula de

seguridad, en el sentido estricto de la palabra, como si se tratase de la de una caldera de vapor. Pero sus funciones son exactamente las mismas.—Sin la válvula, el generador puede estallar.—Por supuesto.—Bueno, no importa. Pienso que ese generador estaría parado y...—Jerry, un generador solar, una vez construido, está siempre .en funcionamiento, aunque sea al «ralentí». Y aunque el aumento de tensiones en su interior sea mucho más lento que a pleno funcionamiento, el caso es que se produce incesantemente. Por tanto, llega un momento en que estalla como una bomba.

- —Si hace polvo a Sittakopf y su pandilla, no lloraré por ellos, profesor — dijo el joven.—Llora por ti, Jerry, y por Lulla, y por toda la humanidad. La explosión de un generador solar «contagiaría» el terreno de los alrededores y se iniciaría un irreversible proceso de combustión, por llamarlo de alguna manera, que en poco más de diez semanas, convertiría a la Tierra en una bola de fuego.
- Katz oyó aquellas palabras y creyó que se iba a desmayar.
- * * *
- La mujer era alta, de formas generosas y abundante cabellera negra, cuidadosamente peinada con raya en medio y gran moño en la nuca. Delante de ella había tres hombres, uno de los cuales era Hoffy Darmount.Los otros dos eran TomPenneby y Clem Reiss. Ella se llamaba Eva Rystler.—De modo que has visto a Chubb Douglas — dijo la mujer.
- —Y lo he seguido. ¿Recuerda el refugio de Sid Barney, en el cañón de Hot Creek?—Sí, pero hace mucho tiempo que no sabemos nada de Barney...—Para mí que está criando malvas, señora. Barney no hubiera cedido su refugio a nadie, ni aunque se lo hubieran pagado a precio de oro.—Eso sí es cierto —convino Eva con acento pensativo—. Douglas trabaja para Sittakopf...—Y si están allí, es que preparan algo gordo. Seguramente, piensan permanecer mucho tiempo, porque lo menos cargó una tonelada de comestibles. O quizá lo han hecho ya y quieren estar escondidos, hasta que el asunto se enfríe.—Es muy posible.
- —Yo creo que deberíamos ir al refugio..-. Eva levantó una mano.
- —Calma, Hoffy. Antes de actuar, es preciso saber bien qué hacen allí. Y sólo podemos saberlo de una manera.
- Eva consultó su reloj.
- —Son las nueve de la noche. Antes del amanecer, uno de vosotros se situará en un lugar discreto del otro lado del cañón, y observará el refugio con unos potentes prismáticos. También

puede llevarse un amplificador de sonidos; de este modo podrá escuchar todo lo que se hable en el refugio de Barney.—Yo haré el primer turno — se ofreció Reiss.—De acuerdo — accedió Eva. —Entonces, ¿suprimimos por ahora el golpe al Banco de Hot Creek? —inquirió el último miembro del grupo, Tom Penneby.

Eva sonrió de un modo extraño.

—El Banco sigue en su sitio — contestó —. No suprimimos el golpe; solamente lo posponemos — puntualizó.

* * *

Irving Sittakopf bramaba como un toro.Todos los billetes reproducidos, salvo los tres primeros, tenían un nexo en común: el rostro de la mujer, en lugar del de Mgombo. Sittakopf había hecho pruebas y más pruebas y todas ellas con idéntico resultado.Ya no cabía la menor duda: algo fallaba en la máquina, al menos, en lo referente a los billetes de Banco. Porque, a sugerencias de Kid Spoons, había probado con otros objetos: unalata de sardinas, un periódico, una barra de pan, una botella de whisky... y todos habían sido reproducidos con absoluta fidelidad y perfectamente útiles para el consumo.Pero cada vez que trataba de sacar un billete, aparecía la cara de Philippine Leyden.Sittakopf había tenido a Philippine durante algún tiempo en su «staff», hasta que ella, atacada de repente por unos incomprensibles escrúpulos de conciencia, le dejó sin más explicaciones. Sittakopf no había corrido ciertamente en persecución de la mujer. Pihlly, se decía, no era la única.Y ahora, tenía delante su cara, asombrosamente reproducida, hasta el punto de que parecía que fuese a hablar en cualquier momento.Agarró uno de los billetes, hizo una bola y la tiró a un rincón.

—Sólo hay una solución — dijo, con la vista fija en los expectantes rostros de sus compinches.—Dígala, jefe — pidió Douglas.—Hemos de traer aquí al profesor. Sólo él puede reparar la avería.—¿De veras cree que se trata de una avería? — preguntó Spoons.—Bueno, llámalo así si te parece bien. Yo piensoque es un error de programación... pero el nombre eslo de menos. Lo que importan son los efectos, ¿comprendes?

—Es cierto, jefe. Y, ¿cuándo empezamos? Sittakopf lanzó un suspiro.

—Todos estamos un poco nerviosos — dijo—. Conviene que nos tranquilicemos; es preciso planear el secuestro, hasta el menor detalle, a fin de evitar fallos en el último instante.

* * *

Katz apenas pudo dormir aquella noche. La noticia le había

abrumado.Una y otra vez había insistido acerca de nuevos datos sobre el generador solar. Challoner se había mostrado inflexible, absolutamente seguro de sus afirmaciones. La explosión se produciría pasadas diez semanas. Era todo el tiempo de que disponían.Katz se dijo si sería conveniente anunciarlo a su jefe, pero desistió del empeño por el momento. El vaticinio sobre la inminencia de una catástrofe que podía convertir a la Tierra en el segundo Sol del sistema, no produciría sino más catástrofes... y, de todas formas, no podrían escapar del planeta.Era mejor encontrar a Sittakopf y que éste le entregase el generador solar.

• —Por las buenas o por las malas — se propuso firmemente.

• Pero para localizar el generador solar, era preciso encontrar antes a Sittakopf. Y nadie sabía dónde se había escondido.Era ya de día cuando, de pronto, recordó algo que le había pasado por alto.

• —¡Pues claro! — exclamó en alta voz, sin darse cuenta de que hablaba a solas—. Ella es la única que puedesaberlo...

• Inmediatamente, se vistió. Tomó una taza de café en un sobrio desayuno y salió de su apartamento a la carrera.Media hora más tarde, aporreaba la puerta de una casa solitaria, en un barrio residencial. Una vecina madrugadora le reprochó el ruido que estaba haciendo.Luego dijo:

• —No se moleste, joven: la señora Leyden está de viaje y no se sabe cuándo regresará.

• Katz se volvió hacia la mujer.

• —¿Puede decirme, al menos, adonde se fue, señora?—Lo siento. Sé que se fue de viaje, porque la vi salir con las maletas en la mano. Es todo lo que puedo decirle.

• Katz procuró ocultar su contrariedad que sentía con una cortés sonrisa.

• —Muchas gracias, señora.

•

• * * *

• Lulla llegó a la casa, cargada con un par de bolsas de comida, y se dirigió inmediatamente a la cocina. «Duff» la siguió, con el rabo en alto. Ella le puso un plato con leche y le acarició el lomo.A Lulla se le hizo extraño no encontrar al profesor.

• —¡Tío! — llamó. Challoner no contestó.—Estará fuera — se dijo.

• Lulla se sentía también preocupada. Conocía al profesor y sabía que no había motivos para dudar sobre sus afirmaciones acerca de la explosión del generador solar, Pero, por fortuna, tenían pistas y no faltaba tiempo.

• Después de poner los víveres en el refrigerador, volvió a la

sala. Tenía que estudiar un poco, pero olvidó sus propósitos al ver la nota escrita, situada sobre una mesa baja.Alargó la mano y cogió el papel. Había un mensaje escrito, con letras de grandes dimensiones:

- NO INTENTEN BUSCAR AL PROFESOR. CUALQUIER INTENTO DE RESCATE, SERA CAUSA DE SU MUERTE SIN REMISIÓN. PRONTO SE LO DEVOLVEREMOS EN PERFECTO ESTADO DE SALUD.
- Lulla se alarmó. Aquel mensaje contenía una amenaza, que no se podía desconocer. Era una muchacha sensata y supo inmediatamente que el profesor había sido secuestrado en relación con la reproductora. Pero era muy probable que luego no le dejasen regresar con vida, pese a las promesas hechas en el mensaje.Por tanto, no cabía más que una solución.Procuró tranquilizarse. Momentos después, estaba en contacto con Simmons.
- —Deseo hablar con el señor Katz — manifestó—. Soy Lulla Zenda, ahijada del profesor Challoner. Es muy urgente.
- Simmons frunció el ceño.
- —¿De qué se trata,' señorita? Lulla vaciló. Al fin contestó:
- —Se lo diré a él, cuando le vea, señor. Si Jerry cree que debe comunicárselo a usted, no se lo impediré.—¿Dónde se encuentra usted, señorita?—En la residencia del profesor, señor Simmons.—Muy bien. Voy a ver si me pongo en contacto con Jerry. Se lo enviaré de inmediato — prometió el Comisionado.

## CAPITULOVI

A través de los prismáticos, de funcionamiento electrónico, por pilas, lo que permitía un prodigioso acercamiento de las imágenes, Clem Reiss observaba todo lo que se hacía en el refugio de Sittakopf.La construcción estaba provista de unos grandes ventanales, a fin de poder contemplar sin obstáculos el paisaje del cañón. Reiss podía ver una serie de extraños aparatos en el interior de una gran sala, uno de los cuales consistía en una especie Je cabina telefónica, con un pequeño mostrador, en el que había un teclado. Minutos antes, poco después de amanecer, había visto llegar un aeromóvil, del que, habían desembarcado tres sujetos. A dos de ellos los conocía, no así al tercero, que le dio la sensación de haber sido llevado a la fuerza.Ahora, los tres, con Sittakopf, estaban junto a la máquina parecida a la cabina telefónica. Reiss podía escuchar perfectamente todo lo que se hablaba en el refugio, merced al amplificador de sonidos.

—De modo que es eso lo que le preocupa —dijoChalloner, una vez repuesto de la. impresión que le había causado el secuestro.—Sí — gruñó Sittakopf—. Yo le compré la máquina, para reproducir cualquier cosa. ¡Y me ha fallado!

Challoner sonrió.

—De modo que quiere fabricar billetes de Banco.—No tengo por qué negarlo. La reproducción es perfecta, salvo en el rostro del centro del grabado... ¿Por qué tiene que aparecer siempre la cara de Philly?

—A veces, uno se obsesiona...—Sus obsesiones me importan un rábano, profesor.
¡Quiero que repare la avería!—chilló Sittakopf.

—¿Y si yo me negase?
Douglas avanzó un paso.

—Tenemos medios para forzarle a hablar — dijo torvamente.—Es muy malo — terció Spoons con fingido acento de placidez —. Una vez hizo hablar a un mudo de nacimiento.

—¿Hace milagros? — se burló Challoner.

Douglas levantó una mano, pero Sittakopf le hizo desistir de su empeño.

—Quieto — gruñó —. Profesor, trate de ser comprensivo. Mire, le pagaré un millón...—Si arreglo la

máquina, de modo que pueda reproducir todos los billetes que quiera.—Exactamente.—Moran les solucionó el problema de la numeración, ¿verdad?

- Sittakopf sonrió.
- —¿Cómo lo ha sabido, profesor?—Oh, ¿qué importa eso ahora? — Cerró los ojos un instante y luego continuó —: Está bien, lo haré, pero con una condición.—Aceptada, profesor — contestó Sittakopf rápidamente.—¿Dónde está el generador solar?
- Reproducir billetes de Banco era infinitamente menos peligroso que la posible explosión del generador, pensaba Challoner.Sittakopf y sus esbirros pusieron cara de extrañeza.
- —¿El... generador solar? — repitió el primero.—Sí, eso he dicho. Hablo claro, me parece — gruñó Challoner.
- Sittakopf se volvió hacia sus secuaces.
- —¿Qué sabéis de ese cacharro? — preguntó. Douglas se llevó las manos al pecho.—A mí que me registren.—No tengo la menor idea — declaró Spoons.
- Challoner procuró armarse de paciencia.
- —Era una especie de cilindro, de metro y medio de largo, por setenta y cinco centímetros de diámetro, montado sobre un carrito, con mango para el transporte a cortas distancias. Tenía adosada una especie de caja de mandos y había unas antenas de rejilla, plegables. También disponía de puntos de contacto, para la conexión de los cables conductores de la electricidad que generaba. El color del cilindro, finalmente, es naranja muy vivo.
- —Ah, era aquel bidón — exclamó Douglas.—Sí, lo parece — admitió Challoner esperanzadamente.—Lo siento, profesor; no lo tenemos.—¿Cómo dice?—Ya lo ha oído. No lo tenemos — insistió Douglas.—Pero ¿no cargaron con todo lo que tenía en mi casa?—Sí. y recuerdo muy bien aquel chisme. Pero no llegó a este lugar.,—Profesor, ¿qué importancia puede tener un generador? — intervino Sittakopf —. Sólo sirve para producir electricidad, y se puede construir uno...
- —¡Eso ya lo sé, imbécil! —vociferó Challoner, descompuestamente—. Sólo que en este caso, si no encontramos el generador a tiempo, nuestro planeta puede arder como la cabeza de un fósforo!
- Reiss no oyó las últimas palabras. Estaba muy ocupado, llamando a Eva Rystler.

—Deben venir aquí inmediatamente — dijo —. Se trata de algo muy gordo y enormemente productivo. Nopierdan el tiempo, por favor.—Está bien, vamos para allá — contestó Eva.

* * *

—Será mejor que no perdamos la calma, Lulla — recomendó Katz—. Tu tío ha sido secuestrado, esto esevidente. También sabemos, o por lo menos, nos loimaginamos, que ha sido Sittakopf. Bueno, en el departamento tenemos medios para encontrar a una hormiga determinada en el interior de su hormiguero. Sólo que, naturalmente, se necesita paciencia.

—Philly trabajó para Sittakopf — dijo la muchacha—. Ella puede saber...—Está de viaje.—¿Cómo lo sabes?—Se me ocurrió a primeras horas de la mañana. Naturalmente, entonces ignoraba que tu tío había sido secuestrado. Pero supuse que Philly podía conocer el posible escondite de Sittakopf y fui a su casa.—Y no estaba allí...—Una vecina me dijo que había salido de viaje, que ignoraba adonde había ido y que tampoco sabía cuándo podría regresar. Es todo lo que puedo decirte.—Jerry, podríamos lanzar una llamada por la Televisión Mundial. Costaría caro, pero merecería la pena.Muchos lo hacen...—Sí, lo sé. Hay una hora determinada, en el canal Siete, para avisos de esa clase, pero correríamos el riesgo de que Sittakopf se enterase de la llamada. Recelaría inmediatamente, ¿comprendes?

Lulla suspiró.

—Entonces, ¿no nos queda otro remedio que aguardar, Jerry?—Hay decenas de hombres del. Departamento investigando en todos los aeropuertos, en todas las estaciones marítimas y de ferrocarril, en las agencias de viaje... Acabarán por encontrarla, créame.—Pero si no saben siquiera cómo es, ni qué cara tiene, Jerry.—¡La cara! — exclamó Katz —. Espera, voy a por la muñeca que hizo el profesor. Pondré su rostro delante del videófono y el jefe lo grabará en cinta, para que luego hagan algunos cientos de copias fotográficas.—Estupendo — aprobó Lulla.

Unos minutos más tarde, Simmons dijo que encargaría inmediatamente las copias de la cara de Philly. Al terminar la operación, Katz se volvió hacia la muchacha. —No me he atrevido a decirle lo del generador solar— manifestó.—Sería horrible, Jerry — murmuró ella.—Yo

nunca pensé que una avería en un generador solar pudiera tener unas consecuencias tan catastróficas. Si esto se supiera, la gente pediría inmediatamente la destrucción de todos los existentes.—Los que funcionan en la actualidad son absolutamente seguros — afirmó Lulla—. Pero ello es a costa de su potencia, infinitamente menor que la del que construyó mi tío. Para que un generador solar de los actuales tenga la misma potencia que el del profesor, se necesitaría construir un edificio de veinte pisos de altura, con una base no menor de cien metros de lado.—Claro, la reducción de tamaño, comporta riesgos que es preciso soportar.—Si el generador se maneja con un mínimo de cuidado, no puede pasar nada — alegó Lulla —. Pero aquellos tipos, con sus manazas...—Al parecer, tu lío no se dio cuenta de nada — supuso Katz.—Estaba sumamente trastornado. En aquellos momentos, sólo pensaba en la reproductora. Estuvo unoscuantos días muy abatido; le costó mucho reaccionar,créeme.

Katz hizo un gesto de aquiescencia. «Duff» estaba a su lado, en el diván, y acarició su lomo sedoso.

—De todos modos, tenemos tiempo — dijo—.Antesde que el generador estalle, habremos encontrado a tutío y a los que le han secuestrado.

* * *

—Me gustaría saber qué falla en ese chisme, paraque siempre reproduzca la misma cara — dijo Sittakopf.

A pesar de la furia que sentía, Challoner no pudo contener una sonrisa. Douglas, a poca distancia, estaba concentrado en sí mismo, con las manos en la frente.

—Cargué ese chisme, pero no recuerdo dónde pudo ir a parar...

—¿Y bien, no me explica en qué consiste el maldito tallo? — preguntó Sittakopf, impaciente.—El fallo está en el sector de los retratos.—¿Cómo?

Challoner hizo un gesto con la mano.

—Oh, no lo entendería—contestó—. Bueno, lo quepasa es que la máquina reproducirá siempre la mismaefigie, sea cual sea el original que se le presente para la reproducción. Es culpa mía, ya lo sé...

—Pero puede arreglarlo.

—Sin duda alguna.

Challoner se volvió hacia Sittakopf y le apuntó con el índice.

—Pero tienen que decirme dónde está el generadorsolar — añadió con gran vehemencia.—Se lo diremos, descuide.—No me lío demasiado de ustedes...

Sittakopf levantó la mano derecha, con aire solemne.

—Se lo juro, profesor.

Challoner soltó una risita sarcástica.

—Un destornillador — pidió.

Spoons se lo entregó de inmediato. Challoner aflojó los tornillos de un panel situado sobre el teclado, quitó la cubierta y examinó el interior atentamente.Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento. Sittakopf respiró aliviado.

—¿Ha encontrado ya el defecto, profesor?—Sí, aunque me llevará rato dejarlo en condiciones. — Challoner meneó la cabeza —. Fue una distracción mía, pero estaba obsesionado... Bien, eso no les importa ahora. Necesito unas pinzas.

—¡Pinzas! —gritó Sittakopf.

Spoons corrió al cuarto de baño y volvió con el objeto requerido.

—No me miren — gruñó Challoner—. No es que me pongan nervioso; se pondrán ustedes, porque esto va a tardar más de lo que se piensan. Y a ver si recuerdan de una vez dónde dejaron el maldito generador solar.—Lo intentaremos, descuide. ¿Quiere tomar algo, profesor?

Café. — En seguida. Vamos, Kid, espabílate.

—Sí, jefe.

Los minutos empezaron a transcurrir lentamente. Al cabo de una hora, Sittakopf, dándose cuenta de que Challoner tenía aún para rato, decidió tomárselo con calma.

—Voy a darme un baño — anunció.—De acuerdo — contestó Douglas.

Pasaron diez minutos más. De repente, Douglas lanzó una exclamación:

—¡Por todos los diablos! Sí, ahora lo recuerdo. Challoner se volvió vivamente hacia el sujeto.—¿Se refiere al generador solar?—Era ese chisme de color anaranjado, ¿verdad? —Sí.—Bien, pues ya sé dónde está. Dispense, profesor, pero tengo una memoria pésima... Hoy miré la fecha al levantarme, y ya no la recuerdo...—¡El generador! — bramó Challoner, exasperado por la tardanza del sujeto.—¿Es tan importante? — preguntó Spoons.—Dice si es importante — clamó —. Estúpidos,

ignorantes... ¡Si no encontrásemos ese aparato, la Tierra se encendería como una cerilla!

○ Spoons se echó a reír.

○ —Vamos, «profe», usted está de broma. Challoner se indignó. Agarró un martillo y se plantódelante del panel abierto.

○ —O me dicen inmediatamente dónde está el generador o destrozo este aparato — exclamó al borde de unparoxismo de cólera.

○ Douglas extendió las manos, suplicante.

○ —Está bien, está bien, profesor; no pretendemos burlarnos de usted — aseguró —*r*. Le repito que tengo mala memoria y... Bueno, ese chisme está...

○ La voz de Douglas se transformó de repente en un agudísimo chillido de pavor, acallado por los estruendos de los disparos que, en contados segundos, terminaron con su vida y con la de su compinche.

- CAPITULO VII
  - Jerry Katz se sentía sumamente nervioso. A fin de tranquilizarse un poco, decidió hacer algún trabajo que uniese su mente ocupada y le hiciese olvidar por el momento los graves problemas a los que estaba enfrentado.El patio de la casa continuaba en un indescriptible desorden. Decidió arreglarlo un poco. Había muchos cajones vacíos; convendría reducirlos a astillas y luego quemar toda la madera en un rincón, evitando molestias a los vecinos. Los objetos de metal, quedarían apilados, a fin de enviarlos más adelante a un chatarrero. En cuanto a la muñeca...La cogió por la cintura y la sostuvo en alto, a la distancia de sus brazos extendidos.
  - —¿Eres tan guapa en la realidad como en esta copia, Philly Ley den?
  - La voz de Lulla sonó en la puerta de la casa.
  - —¿Te gusta hablar con las muñecas, Jerry?El joven se sobresaltó.—Eh.. No, sólo decía...
  - Lulla hizo un gesto con la mano.
  - —Ven, te llama el jefe; tiene noticias para ti. Katz soltó la muñeca y echó a correr hacia la casa
  - Momentos después, estaba ante la pantalla del videófono.
  - —Hola, ¡ele— saludó.—Jerry, hemos localizado a la señora Leyden— informó Simmons.
  - —¡Buena noticia! ¿Dónde está?—¿Ha oído hablar alguna vez de Arthur de Leyva?—Oh, sí, claro; ese tipo riquísimo...—Elmillonario-millonario-millonario, porque hay que definirlo así, para que se sepa lo rico que es, ya que sólo la palabra millonario no es suficiente; multimillonario es poco y archimillonario tampoco da el tono.—Lo sé. Se dice de él que podría comprar la Tierra, si se pusiera en venta.
  - —Y lo conseguiría, Jerry, no te quepa la menor duda.De Leyva es uno de los pocos afortunados que tienensu satélite particular. No una residencia de lujo en lasuperficie del planeta, sino un satélite, girando en unaórbita geoestacionaria, a unos treinta y seis mil kilómetros de la Tierra. La señora Leyden está con él; lohemos averiguado de forma irrefutable.—Muy bien, en tal caso, bastará pedir comunicación...—No — cortó Simmons, inflexible —. Recuerde la «filtración» que permitió a Sittakopf escapar. Es preciso verla

personalmente.—Ya. Y, ¿a quién piensa enviar?

Simmons le miró fijamente. Katz emitió un gruñido.

—Creo que he hecho una pregunta idiota — añadió.—Celebro que se haya dado cuenta de ello — dijo Simmons sarcásticamente —. Jerry, por mucho que le moleste viajar al espacio, es preciso hablar en persona con la señora Leyden. Usted sabrá ser persuasivo y convencerle de que nos indique el sitio en donde ha podido esconderse Sittakopf.—Ojalá lo consiga — suspiró el joven—. ¿Cuándo?—Ya he despachado un aeromóvil para que lo lleve inmediatamente al astropuerto — contestó el Comisionado—. Allí le esperará un cohete, que lo transportará en pocas horas al satélite de De Leyva.

—¿Me permitirán entrar?—-dudó Katz.

—Alguien influyente hablará con De Leyva, no sepreocupe. Ah, y comuníqueme inmediatamente, desdeel satélite, el escondite de Sittakopf.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Suerte... y buena oratoria, Jerry — se despidióSimmons.

Katz cerró la comunicación malhumoradamente.

—Tenía que pasarme a mí — rezongó.—¿No te gusta viajar por el espacio? —preguntó Lulla.—Nunca me ha gustado. Incluso me costó mucho habituarme a viajar en un simple aeromóvil.—Tienes vértigo.—No, no es eso. Resulta difícil de definir... Bueno,
de todos modos, poco importa. Tengo que ir y no pue
do negarme.

Lulla le miró con simpatía.

—Me gustaría poder acompañarte, Jerry —dijo.
Katz la miró de hito en hito.

—¿Por qué no? — contestó—. El jefe no ha dicho nada en contrario... y seguro que te agradaría ver cómo es por dentro el satélite particular de un millonario-millonario-millonario, ¿no?

—Ese De Leyva debe de tener tantísimo dinero...—Imagínate, poder comprar la Tierra.

—Es mucho dinero, en efecto. Bueno, voy a cambiarme; estas ropas no son las más adecuadas paraemprender una excursión a treinta y seis mil kilómetrosde distancia — dijo Lulla, a la vez que echaba a correrhacia uno de los dormitorios.

* * *

○ Douglas y Spoons se debatían aún en las últimas convulsiones de la agonía, cuando entraron cuatro personas en la casa. Tres eran hombres y empuñaban sendas pistolas. La cuarta era una mujer, hermosa, arrogante, de bello rostro, pero con expresión carente de piedad.—No tema, profesor —dijo Eva Rystler—. Esto no va con usted; no pretendemos hacerle ningún daño.Challoner estaba en pie, con las manos levantadas. Todavía no se había recobrado de la sorpresa causada por la sangrienta irrupción del cuarteto.

○ —¿Me conoce, señora? Eva sonrió sibilinamente.

○ —Digamos que sí, profesor — contestó—. Por cierto, ¿dónde está Sittakopf?

○ Challoner reflexionó rápidamente. No tenía ninguna simpatía hacia el mencionado y se daba cuenta con toda claridad de que si aquellos individuos le echaban el ojo encima, lo acribillarían a balazos. Douglas habían conseguido recordar al fin dónde estaba el generador solar, y cabía esperar que Sittakopf pudiera recordar también algún detalle que le permitiera encontrar el aparato. Era su única posibilidad, que desaparecería irremisiblemente si llegaba a morir.

○ —Lo siento — contestó.—Estaba aquí — acusó Reiss.—Salió, pero no me dijo adonde iba —mintió Challoner.—Muy bien — intervino Eva—. Eso es lo de menos ahora. Lo importante es que le hemos encontrado a usted, profesor. Y a su máquina.

○ Challoner apretó los labios.

○ —Conque eso es lo que quieren — adivinó. Eva soltó una risita.—Nos interesa — declaró.

○ —Estaba reparándola cuando llegaron ustedes. Puedo negarme...

○ —Profesor—dijo Eva con helado acento—, sin causarle el menor daño físico, podemos ponerle en tal situación, que desearía le cortasen las dos piernas sin anestesia, antes de seguir adelante. Por su propio bien, le ruego colabore con nosotros.—Claro, y después me pegarán cuatro tiros...—Nos interesa su máquina, no usted —manifestó Eva—. Créame, le dejaremos, libre cuando hayamos comprobado su perfecto funcionamiento, cosa que usted nos enseñará, sin objeciones.

○ —¿Aquí?—No, claro que no. Llevaremos todo a... No importa; usted no podrá verlo, porque le vendaremos los ojos, tanto a la ida, como cuando le dejemos libre.Creo

que ha comprendido nuestras intenciones, profesor.

Challoner se resignó a lo inevitable. Era imposibleoponer la menor resistencia.

—Estaba terminando de reparar la avería —dijo.

—¿Cuanto le falta?—Oh, unos cinco minutos, aproximadamente. Eva hizo un enérgico ademán.—Siga — ordenó-—. Tom, Clem, vigilad bien la entrada, no sea que Sittakopf regrese antes de lo conveniente.—Si, señora — contestaren tos esbirros a dúo.

Challoner se aplicó de nuevo al trabajo. Ignorabacómo se habían enterado la mujer y los secuaces dela existencia de la máquina reproductora, pero tampoco le importaba demasiado. Lo único que sabía era que se había producido una nueva complicación en su vida,hasta entonces tan apacible. Y lo peor era que no sabíacuándo podría volver a la normalidad.«¿Por qué no se me ocurriría inventar una máquina que solo pudiese reproducir caramelos de menta?», se quejó amargamente en su interior.

* * *

El cohete se acercó lentamente al enorme cubículo, ilutaba en el espacio, a treinta y seis mil kilómetros de la superficie de la Tierra. La compuerta exterior estaba abierta y dejaba a la vista el hangar de recepción, brillantemente iluminado.Con gran habilidad, el piloto, mediante los chorros, equiparó las respectivas velocidades orbitales. Luego, muy lentamente, se adentró en el hangar y acabó poli el suelo con choque apenas apreciable. La compuerta exterior se cerró y comenzó la operación de bombeo de aire, para restablecer en la esclusa una presión normal. Había una gran lámpara roja encendida sobre el dintel de la otra compuerta. Cuando se apagó, encendiéndose la verde, una voz, por radio,anunció que los pasajeros del cohete podían desembarcar.

El piloto abrió la escotilla.

—Les aguardo aquí — manifestó.—Bien — dijo Katz.

Saltó al suelo. El satélite, apreció, estaba provisto de generadores de gravedad artificial. «Lo que puede el dinero», pensó.Un hombre apareció en el umbral de una puerta lateral.—Soy Higgins, mayordomo del señor De Leyva —se presentó —. El señor me envía a recibirles a ustedes.

—Gracias, Higgins. Yo soy Jerry Katz. Ella es Lulla Zenda.

Higgins hizo una inclinación de cabeza.

- —Por aquí, tengan la bondad.
- Un ascensor les llevó a uno de los pisos superiores. Al asomar, se vieron ante un paisaje inimaginable a tanta distancia de la Tierra.Había allí una vasta extensión cubierta de verdor, con abundancia de arbustos floridos. Un arroyo saltaba de roca en roca, remansándose en un amplio estanque, de más de cincuenta metros de ancho, bordeado de álamos y sauces llorones, para seguir luego su curso hasta un punto situado al fondo del colosal jardín.El suelo estaba cubierto de jugoso césped. Por encima de sus cabezas, se apreciaba la colosal cúpula semiesférica, transparente, que encerraba la zona habitable del satélite.Oculta por unos árboles, se divisaba una lujosa residencia, al otro lado del estanque. Más cerca, se veía un puente de un solo arco, que salvaba el arroyo.Higgins les precedió en el camino enlosado. Después de cruzar el puente, vieron a la mujer a quien buscaban.Estaba tendida en una tumbona, junto al estanque, los ojos cubiertos por unas grandes gafas de color, única vestimenta en aquellos momentos. Sin embargo, al ver a los dos visitantes, se cubrió rápidamente con una toalla de baño.
- Un hombre se acercaba en aquellos momentos. Vestía con modestia y se apoyaba en un bastón, debido a evidentes dificultades de locomoción. La cabeza estaba completamente pelada y en la cara había numerosas arrugas, aunque, dentro de su avanzada edad, ofrecía un aspecto relativamente bueno.
- —Soy De Leyva — dijo —. Usted es Jerry Katz.—Sí, señor. Le presento a la señorita Zenda, mi ayudante— contestó el joven.
- De Leyva miró a Lulla con cierto recelo.
- —Sólo me hablaron de usted, señor Katz — dijo.—La señorita no le causará ninguna molestia, se lo aseguro.—Está bien. Desean hablar con la señora Leyden, tengo entendido.—Sí, señor.—¿Philly?
- La mujer se puso en pie.
- —Dime, Arthur.—Atiéndelos querida.—Sí.—Dispensen, debo continuar mi paseo cotidiano — se despidió De Leyva.

- CAPITULO VIII
- Philly se sentó en la tumbona, sosteniendo la toalla con una mano. Miró a la muchacha y enrojeció.
- —¿Cómo estás, Lulla?—Jerry, habla tú con ella — dijo la chica fríamente —. Espero que comprendas mis motivos.—Desde luego. Señora Leyden, no le voy a hacer ningún reproche por acciones pasadas, cosa que no es de mi incumbencia. El comportamiento de las personas concierne a cada cual y nadie es quién para juzgar a otros, en determinadas circunstancias.
- —Ahórrese las filosofías, señor Katz — dijo Philly glacialmente —. ¿Qué es lo que quiere de mí?—Seré breve. Sittakopf compró al profesor algunos aparatos, empleando la fuerza. Uno de esos aparatos puede resultar peligroso en manos inexpertas...—¿Y por qué no se lo piden a Sittakopf directamente?—Porque no sabemos dónde está, señora.—Si ese chisme era tan peligroso, ¿por qué accedió Irving a la venta? — preguntó.—El no accedió, le obligaron. Y el aparato no era peligroso en condiciones normales, pero lo averiaron después de llevárselo con los demás. Ahí es donde han empezado las complicaciones, señora.—¿Es algo relacionado con la energía nuclear?—Lo siento, no estoy autorizado a dar más detalles — mintió Katz a medias. Pero sabía que era una respuesta que impresionaría muchísimo a su interlocutora.—Está bien—dijo ella al cabo—. Realmente, no guardo ningún buen recuerdo de Sittakopf. Lo dejé... defraudada; una tiene derecho a cometer algún error en su vida, creo.—Sin duda alguna, señora.—El único sitio donde pueden encontrar a ese granuja es su refugio del cañón de Hot Creek, en el bordenorte. Está hundido en uno de los muros y protegidopor una colosal repisa de piedra. Hubo un tiempo enque perteneció a un tal Sid Barney, aunque ignoro losmedios de que se valió Sittakopf para conseguir su propiedad.—Tal vez los mismos que usó con el profesor.—Posiblemente. Señor Katz, si no está allí, no séotro sitio al cual enviarle — manifestó Philly.—Muchas gracias, señora. Perdón, ¿podría hacerle una pregunta de carácter personal?
- Philly accedió con un ligero ademán.
- —Adelante — invitó.—¿Por qué está aquí?
- Ella le miró fijamente. Sus hermosos ojos azules eran dos pedacitos de hielo.

- —¿Ha oído hablar alguna vez de la fortuna de Arthur de Leyva? — respondió a media voz.—La llamó y usted acudió.—Estoy aquí, ¿no?
- —Sí, claro, De Leyva representa para usted seguridad y tranquilidad durante una tiempo. Luego la despedirá, con una sustanciosa indemnización...
- —O se casará conmigo.
- —Lo desearon muchas antes que usted. Ninguna lo consiguió.Philly se encogió de hombros.—Al menos, voy a intentarlo — declaró.—Muy bien. Ahora va a permitirme que le diga unas cuantas cosas. Oh, no tema que se trate de consejos; a fin de. cuentas, ya sabe lo que se hace. Pero debe saber que el profesor Challoner está enamorado de usted.—No me gustan los sabios...—Tiene menos de cincuenta años, se conserva sano, fuerte y robusto; nunca ha tenido vicios y su mente, salvo en algunas cosillas propias de sus manías de inventor, funciona a la perfección.—¿Cómo sabe que está enamorado de mí? — se asombró Philly.—Quiso construirse un robot, con figura de mujer. Le dio su rostro.—Oh...—Mire a De Leyva. Tiene tanto dinero que, según dicen, podría comprar la Tierra si la pusieran en venta. Pero también tiene cien años.—Se conserva muy bien; aún puede vivir treinta o cuarenta más
- —El dinero no lo es todo en este mundo, señora.—Si supiera la cantidad de cosas que proporciona...—¿Le ha traído a usted la felicidad? La mayor parte de esas cosas son superfluas; se puede vivir perfectamente sin ellas. No hablo de rechazar el dinero deuna forma absoluta, pero con muchísimo menos, se puede conseguir la seguridad... y la felicidad.
- Miró a su alrededor y añadió:
- —Esto es bonito, hermoso, cautivador, pero yo me ahogaría aquí al cabo de un par de semanas.—A Arthur le gusta.
- Katz se inclinó hacia adelante.
- —Por su salud.—¿Quiere decir...?—Sí, señora. Me he informado antes de venir aquí; De Leyva ya no podrá abandonar jamás su satélite. No puede vivir sino en un ambiente de gravedad cero cincuenta, es decir, la mitad de la que hay en la superficie de la Tierra.
- Katz sonrió y saludó con dos dedos en la sien.
- —He tenido mucho gusto, señora. Gracias por todo— se despidió.

○ Lulla terminaba su recorrido en aquellos momentos. Juntos, se encaminaron hacia la puerta del ascensor, que les conduciría al hangar.

○ —Ha sido una conversación muy larga — observó lamuchacha.

○ —Luego te contaré — respondió él—. Pero he conseguido lo más importante de todo.—Ya sabes cuál es el escondite de Sittakopf.—Sí.

○

○ * * *

○ Sittakopf asomó la cabeza por detrás del armario de su dormitorio. Al otro lado, había una puerta, que daba a la parte posterior del edificio. Entre la pared y el muro de roca de la cueva, había un espacio de metro y medio aproximadamente, que el arquitecto había dejado deliberadamente, a fin de poder salir a revisar las conducciones de agua, en caso de una posible avería.Se felicitó de su previsión, al colocar el armario ocultando la puerta posterior. Los esbirros de Eva Rystler habían registrado la casa a conciencia, e incluso habían abierto el armario, para examinarlo a fondo, pero los paneles posteriores ocultaban la salida secreta y no se les había ocurrido una posibilidad semejante.Todavía temblaba al recordar el estrépito de los disparos que habían abatido a sus dos secuaces. Por fortuna, aún no se había metido en el baño, lo que le permitió escapar antes que los hombres deEva iniciaran el registro de la casa. Sólo al cabo de largo rato, se atrevió a abandonar su escondite.El corazón le sangró, y no por compasión hacia Douglas y Spoons, cuyos cuerpos aparecían sobre sendos charcos de sangre, sino por lo que había perdido con la inesperada aparición del cuarteto. Cómo se habían enterado de que era el dueño de la máquina reproductora, era una cuestión secundaria.Lo importante era localizar a Eva Rystler. La conocía, su voz era inconfundible. Y se había acostado con ella más de una vez, cuando no era sino una prostituta de cierta reputación. Pero Eva era ambiciosa y quería algo más que el poco dinero que pudiera ganar vendiendo su cuerpo.Hacía tiempo se rumoreaba de ella había organizado una banda, dedicada a fructuosos atracos, siempre muybien planeados y mejor ejecutados. También se mencionaba su afición a ciertos chantajes y otros asuntos muy productivos.Pero ahora había dado el golpe de su vida.

—Ya costa mía — bramó, mientras se asomaba fuera de la casa.

Por fortuna, Eva y los suyos habían dejado allí los dos aeromóviles, el personal y el de carga. Sittakopf subió al segundo, comprobó el cuadro de mandos y alzó el vuelo sin perder un segundo.Tenía medios y le quedaban amistades, que le ayudarían a encontrar a Eva Rystler.

* * *

Estaba acercándose a las capas superiores de la atmósfera, cuando el piloto del cohete le tendió un teléfono.

—Para usted, Katz— dijo. El joven asintió.—¿Jefe?—Hola, Jerry. Recibimos su información. Encontramos el refugio de Sittakopf.—Y le han echado el guante... ¿Cómo está el profesor?—Lo siento. Las noticias no pueden ser peores.
Lulla oyó aquellas palabras y sintió que se le paraba

el corazón.

—¿Ha muerto mi tío? — preguntó.—¡Jerry! ¿Quién es esa mujer? — chilló Simmons.—La ahijada del profesor. Viajó conmigo al satélite.—Por todos los diablos...—Compréndalo, no podía negarme a su petición, jefe.

—¿Por qué no se llevó también un batallón de periodistas?— exclamó Simmons malhumoradamente—. Eralo único, que le faltaba, Jerry.

Katz tapó el micrófono con la mano.

—¿Qué diría si supiera lo que pasa con el generador solar? — murmuró vuelto hacia la muchacha.

Lulla hizo» un gesto con la mano.—61

—Sigue — indicó.—Bien, jefe — habló Katz—. ¿Qué pasa con Sittakopf y el profesor?—Ninguno de los dos está en el refugio de Hot Creek. Tampoco hay rastro de sus aparatos. Sólo encontramos dos cadáveres, pertenecientes, sin duda, a los hombres de confianza de Sittakopf, muertos a balazos, por alguien cuya identidad desconocemos por el momento.—Eso significa que hay unos nuevos secuestradores del profesor y de su máquina. —Desgraciadamente, así es. Tengo a un par de agentes en casa del profesor, por si regresara inesperadamente, pero lo hago por precaución rutinaria más que por creer en esa posibilidad.

Katz meditó un instante. Luego dijo:

—Señor Simmons, de todos modos pienso que la vidadel profesor no corre peligro por ahora. Nosotros, es

decir, la señorita Zenda y yo estamos un poco cansados. Sime permite, investigaré a partir de mañana, empezandopor el refugio del cañón de Hot Creek.—Muy bien, de acuerdo — accedió Simmons

Katz devolvió el micrófono al piloto y miró a la muchacha.

—Es lo único que podemos hacer — manifestó. Lulla asintió. Él se reclinó en el asiento y. empezó ahacer cálculos.

—El profesor vendió sus cachivaches el nueve de marzo pasado. Estamos a veintiséis de abril, lo que significa que han transcurrido ya casi siete semanas. Por tanto, nos quedan tres antes de que explote el generador solar.—No es mucho tiempo — se lamentó Lulla.—El suficiente — aseguró él enfáticamente, seguro de lo que decía.

Y añadió:

—Te dejaré en casa del profesor. Iré a buscarte a la hora del desayuno, si no tienes inconveniente, Lulla.—Ninguno — accedió la muchacha.

* * *

Los cadáveres habían sido retirados ya y no había sangre en el suelo, aunque todavía quedaban en una de las paredes señales de los proyectiles disparados por los asesinos. A Katz le agradó mucho aquel lugar, a pesar del aire siniestro que tenía en aquellos momentos.

Se imaginaba que los que habían estado antes que él, se habían ocupado de realizar un buen registro, a pesar de lo cual se dedicó a la tarea con todo entusiasmo. Sin embargo, un par de horas más tarde, hubo de reconocer que no había allí la menor pista que le pudiese llevar hasta el lugar donde se encontraban los secuestradores y su víctima.

—Lo mejor será que vayamos al pueblo — propuso, una vez convencido de la inutilidad de sus esfuerzos—. Quizá allí consigamos averiguar algo.—Lo dudo — contestó Lulla desanimadamente—. Tus compañeros lo habrán hecho ya. Si hubiesen conseguido algo positivo, ya lo sabríamos, me parece.—Siempre queda la esperanza de captar algún detalle, que a ellos les haya pasado desapercibido — dijo Katz con acento persuasivo.

Volvieron al aeromóvil. Katz llamó a Simmons. —Jefe, nos dirigimos al pueblo — informó.

—Ah, habéis estado ya en el refugio.

- —Sí, señor, pero no hemos encontrado nada interesante.
- —En Hot Creek nadie sabe absolutamente nada delos secuestradores del profesor.—Nosotros vamos a intentar algo, jefe — manifestó el joven—. Por cierto, ¿hay noticias de Sittakopf?—Nada en absoluto. Parece como si se lo hubiera
  tragado la tierra.—Lástima que no sea verdad — gruñó Katz—. Adiós, jefe.
- El aeromóvil salió del cañón a toda velocidad y, a los pocos momentos, empezó a perder altura, a fin de buscar un lugar donde aterrizar.

- ○ CAPITULOIX

- De modo que ese artefacto puede reproducir cualquier cosa que se le pida.
- Así es —confirmó Challoner, muy ocupado en examinar el interior de la máquina reproductora.

Tom Penneby empezó a dar vueltas alrededor del aparato. En aquellos momentos, estaba solo con el profesor. Sus compinches se hallaban en otro lugar de la casa a la que había llevado a su prisionero. Eva estaba bañándose.

—¿Reproduciría incluso a una persona, profesor?— preguntó Penneby.

—Por supuesto — respondió el interpelado orgullosamente.

Penneby lanzó una mirada hacia la puerta, al otro lado de la cual se hallaba Eva.

—Se me está ocurriendo una cosa... Aguarde aquí, profesor.

Penneby cruzó la estancia, abrió la puerta, vio el dormitorio vacío y lo atravesó. Desde la puerta del baño, contempló a la mujer desnuda, que se friccionaba con una toalla.

Eva le miró inquisitivamente, sin preocuparse en absoluto de su desnudez.

—¿Qué quieres, Tom?

Penneby sintió la boca repentinamente seca. Los senos, redondos, firmes, la cintura, las caderas, los muslos como columnas que sustentaban aquel atractivo conjunto...

Eva comprendió sus pensamientos y sonrió.

—¿No me contestas?
Penneby avanzó hacia ella.

—Nunca... me ha permitido... Eva le echó los brazos al cuello,

—¿Está seguro el profesor?

—Oh, sí. ¿Adónde podría irse desde aquí?

—Hay un aeromóvil...

—Tengo las llaves. Además, él no se separaría de la máquina, por nada del mundo.

Penneby no lo pudo soportar más y arrastró a la mujer hasta el lecho. Eva se dejo hacer; a fin de cuentas, le convenía tener contentos a sus secuaces. Por lo menos, a Tom, el más atractivo, aparte de que también era el más emprendedor. Pero se separó muy pronto.

—Más, más...—jadeó Penneby.

—A la noche, querido — respondió ella—. Ahora tenemos trabajo.

—Está bien, pero no me falles...

—Descuida. Y tú tampoco tienes que decirles nada a los otros. ¿Entendido?

Penneby se echó a reír, mientras se subía los pantalones.

—Hay cosas que un hombre no debe compartir con los demás — respondió alegremente.

De pronto, se oyó la voz del profesor:

—¡Eh, esto ya está! Penneby echó a correr.

—Vístete, pronto — exclamó.

—Cuidado con el tratamiento — advirtió ella.

—Sí, señora.

Eva llegó momentos después, ajustándose el cinturón de la bata

—¿ Profesor?

—Sus hombres tienen pezuñas en lugar de manos — se quejó Challoner amargamente—. ¿Acaso se creían que este aparato era un saco de cebada?

—Discúlpelos, profesor — rogó Eva con amabilidad.

—Claro, qué remedio me queda. Bueno, ahí lo tiene; es todo suyo, señora.

—Bien, comprobaremos si funciona. En tal caso,le dejaremos libre.

Challoner introdujo el primer billete en el lugar adecuado. A los pocos segundos, otro billete, exactamente igual, salió por la ranura correspondiente.

Eva lo examinó con ojos arrobados. Luego se lo entregó a Penneby y sucesivamente lo contemplaron también Reiss y Darmount. Pero el último formuló una objeción.

—Faltan los números — exclamó.

—¡Claro! — dijo Challoner —. Si quieren billetes buenos, tienen que poner los números ustedes. De lo contrario, la máquina reproducirá siempre la misma numeración de serie.

—Bueno, ¿y cómo se ponen los números? — preguntó Penneby.

—¿A mano? — sugirió Reiss.

—Sittakopf tenía una máquina numeradora. ¿Dónde está?

Hubo un momento de silencio. Eva y sus secuaces se miraban mutuamente, sin tener una respuesta para las palabras de Challoner.

De pronto, Penneby sintió un escalofrío.

—A ver si…—dijo con un hilo de voz.

—¿Qué pasa, Tom? —gritó Eva.

—Aquella máquina… Me pareció que… que no tenía ninguna utilidad y la… la tiré al fondo del cañón…

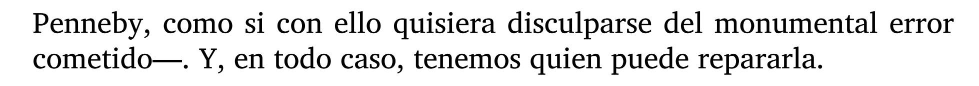
Challoner rompió a reír casi histéricamente, con estridentes carcajadas. «¿Y ése es el hombre a quien yo creía más inteligente que los otros?», se preguntó Eva.

El profesor continuaba bajo los efectos del ataque de risa. Eva se irritó.

—Basta, por todos los diablos. Deje de reír de una vez, profesor — exclamó—. Tom, habrá que ir en busca de esa máquina.

—Se habrá hecho trizas — supuso Reis.

—Son muy resistentes, están hechas con buenos materiales— alegó


Penneby, como si con ello quisiera disculparse del monumental error cometido—. Y, en todo caso, tenemos quien puede repararla.

—El profesor, claro — dijo Eva.

—Sí — confirmó Penneby.

—Me gustaría saber por qué no podemos comprar otra máquina — dijo Darmount—. Sería más sencillo, ¿verdad?

—Hay una razón, Hoffy. Los números que esa máquina imprime son exactamente iguales a los que hay en los billetes legítimos.

Penneby echó a andar hacia la puerta.

—Estaré de vuelta antes de que se haga de noche — aseguró.

* * *

A punto de terminar el almuerzo que habían hecho en un restaurante, Katz, contemplando el paisaje, dijo:

—Desde luego, es una comarca preciosa. Me gustaría pasar aquí unos cuantos días.

—¿Solo? — preguntó Lulla, maliciosa.

—¿Debo contestarte?

—Oh, no soy ningún fiscal. Comprendo muy bien las debilidades humanas — dijo la muchacha.

Suspiró y añadió:

—De todos modos, tienes razón; es un panorama muy atractivo.

De pronto, oyeron una voz de mujer:

—Si !o desean, yo puedo indicarles un agente que les alquilará una villa que, precisamente, ayer quedó desocupada.

Katz se volvió. La camarera que les había servido estaba ante la mesa, con una bandeja llena de platos vacíos en las manos.

—Dispensen, pero no he podido evitar escuchar sus comentarios — añadió la joven—. Soy Rosa Collins. Elagente de fincas es mi padre. No tiene mucho trabajo, ésta es la verdad; por eso estoy aquí empleada, para pagarme los estudios.

—Señorita Collins, le damos las gracias, pero, por ahora, no tenemos intención de alquilar una casa — sonrió el joven.

—Lástima. Ustedes me han caído simpáticos. Losotros no lo eran tanto. Ella era una mujer muy guapa,pero desagradable. Además, ¡con tres maridos!

Lulla saltó en su asiento. Katz se echó a reír.

—Señorita...

—Gente antipática — insistió la camarera—. Y puede que algo más.

—¿A qué se refiere, señorita Collins?Rosa bajó la voz.

—Anteanoche estuvieron cenando aquí. Hablaban de algo muy extraño; no estoy segura, pero creo que se referían a una falsificación de billetes de Banco. Ella puede ser guapa, pero sus maridos tienen aspecto de forajidos.

Katz frunció el ceño. Era la primera pista a la que podía aplicarse con justicia tal nombre.

—Veamos, señorita, ¿qué oyó usted, con toda exactitud? — preguntó.

—Hablaron de eso, de reproducir billetes de Banco, con una máquina muy buena... Reproducir billetes es lo mismo que falsificarlos, ¿ no?

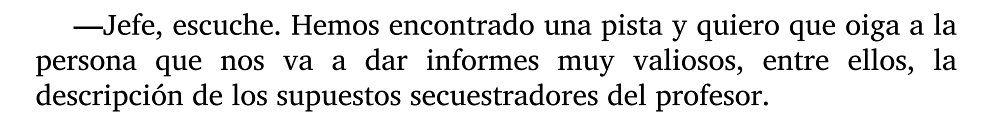
—Ayer hubo aquí decenas de policías. ¿Por qué no les dijo nada?

—Oh, estuve ausente todo el día. Tenía que hacer cosas en la Universidad...

Katz extendió una mano.

—Siéntese, señorita, por favor — solicitó.

Mientras Rosa dejaba la bandeja a un lado, Katzsacó su videófono de bolsillo y pidió comunicación urgente con Simmons. Una vez lo hubo conseguido, dijo:



—Jefe, escuche. Hemos encontrado una pista y quiero que oiga a la persona que nos va a dar informes muy valiosos, entre ellos, la descripción de los supuestos secuestradores del profesor.

—Adelante, Jerry — contestó Simmons.

Katz situó el videófono frente a la camarera.

—Señorita Collins, por favor, descríbanos a la mujer y a... a sus tres maridos.

—¡Tres maridos!—gritó Simmons.

—Cosas más raras se han visto en este mundo, jefe

—dijo Katz filosóficamente—. Empiece, señorita — invitó.

* * *

—Lo hizo Eva Rystler. Con sus muchachos, claro

—dijo Sittakopf rencorosamente—. Y se llevó al profesor.

Los dos hombres que estaban frente a él, asintieron al mismo tiempo.

—¿Qué nos propone? — inquirió Rio Sawyer.

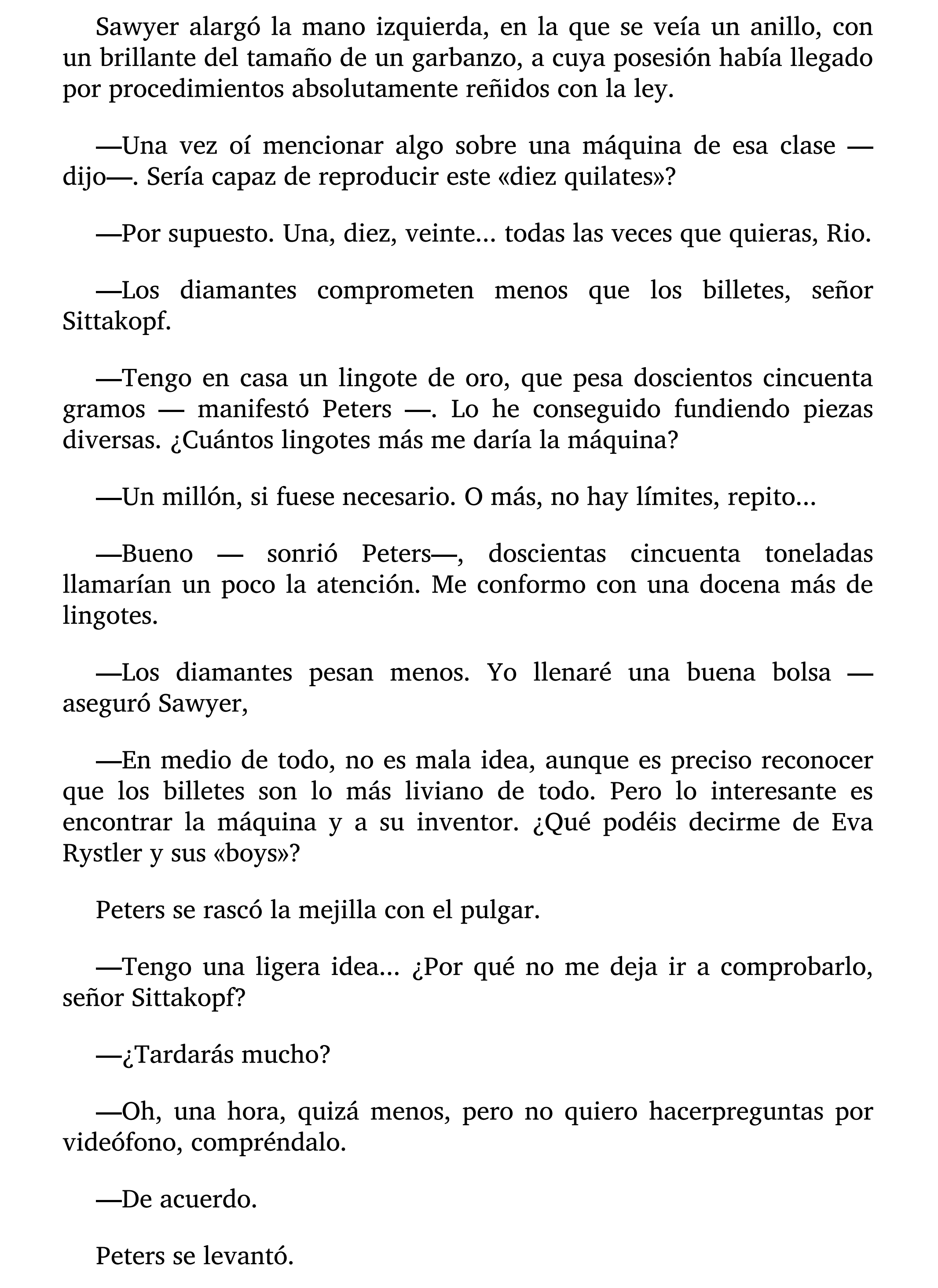
—¿Qué podemos sacar del asunto? —quiso saber CalPeters.

Sittakopf sonrió con cierto aire desdeñoso.

—¿Os parece bien un millón? ¿Consideráis que espoco? ¿Dos, tres... cinco, diez? No hay límite, chicos.Es la cosa más maravillosa que he visto en los díasde mi vida. ¡Y ellos me la robaron!

Peters y Sawyer cambiaron una mirada.

—No estoy loco — gruñó Sittakopf, adivinando lo que pensaban aquellos dos sujetos—. He visto funcionar el aparato y os digo que no hay nada que se pueda comparar. Reproduce cualquier cosa que se le ponga...



Sawyer alargó la mano izquierda, en la que se veía un anillo, con un brillante del tamaño de un garbanzo, a cuya posesión había llegado por procedimientos absolutamente reñidos con la ley.

—Una vez oí mencionar algo sobre una máquina de esa clase —dijo—. Sería capaz de reproducir este «diez quilates»?

—Por supuesto. Una, diez, veinte... todas las veces que quieras, Rio.

—Los diamantes comprometen menos que los billetes, señor Sittakopf.

—Tengo en casa un lingote de oro, que pesa doscientos cincuenta gramos — manifestó Peters —. Lo he conseguido fundiendo piezas diversas. ¿Cuántos lingotes más me daría la máquina?

—Un millón, si fuese necesario. O más, no hay límites, repito...

—Bueno — sonrió Peters—, doscientas cincuenta toneladas llamarían un poco la atención. Me conformo con una docena más de lingotes.

—Los diamantes pesan menos. Yo llenaré una buena bolsa — aseguró Sawyer,

—En medio de todo, no es mala idea, aunque es preciso reconocer que los billetes son lo más liviano de todo. Pero lo interesante es encontrar la máquina y a su inventor. ¿Qué podéis decirme de Eva Rystler y sus «boys»?

Peters se rascó la mejilla con el pulgar.

—Tengo una ligera idea... ¿Por qué no me deja ir a comprobarlo, señor Sittakopf?

—¿Tardarás mucho?

—Oh, una hora, quizá menos, pero no quiero hacerpreguntas por videófono, compréndalo.

—De acuerdo.

Peters se levantó.

—Ah, una cosa — dijo.

—¿Sí?

—Una vez hayamos encontrado la máquina, nos permitirá reproducir diamantes y oro en las cantidades que nos parezcan convenientes. Pero, cuando necesitemos más, iremos a verle… y nos dejará usar ese chisme. ¿Entendido?

—Somos socios a partes iguales — declaró Sittakopf con solemne acento—. Yo quiero billetes, tú oro, Río quiere diamantes… No habrá límites para reproducir lo que quiere cada uno de nosotros.

Hizo una pausa y añadió:

—Aunque, eso sí, la máquina quedará de mi propiedad.

—Nadie se lo discute — respondió Peters con graveacento.

Y salió de la habitación.

Sittakopf destapó una botella y llenó dos vasos.

—Rio, puedes brindar por la riqueza — exclamó alegremente.

Mientras bebía, pensó que no había podido encontrar dos tipos más adecuados para la operación que pensaba emprender. Por la milésima parte de lo que les había prometido. Rio y Cal eran capaces de matar a cualquiera.

De algo tenían que servirle los conocimientos adquiridos en una vida rica en toda clase de trapacerías, incluyendo la política.

Era el único sitio en donde había sufrido un fracaso, pero no le importaba en absoluto.

CAPITULOX

Al ver la máquina numeradora, Penneby sintió que le sangraba el corazón. El artefacto había rodado desde las alturas, a más de seiscientos metros de distancia. Aquello no podía funcionar en absoluto, se dijo.

Pero tampoco podía dejarla en el fondo del cañón. Agarró la máquina, la llevó a la cabina del aeromóvil y emprendió el vuelo.

En aquel momento, Clem Reiss se quejaba de los pinchazos de su estómago. .

—Tengo hambre — gruñó.

—Ve al frigorífico — aconsejó Darmount.

—He dicho que tengo hambre, no calor. Eva entró en aquel momento.

—¿Qué sucede? — preguntó.

—Nada, el chico tiene ganas de comer — contestó Darmount.

Ella frunció el ceño.

—Habría que ir a comprar víveres, en efecto — admitió.

—Creo que no será necesario — intervino Challoner. Eva y los dos secuaces se volvieron a mirarle.

—¿Tiene alguna solución? — preguntó la mujer.

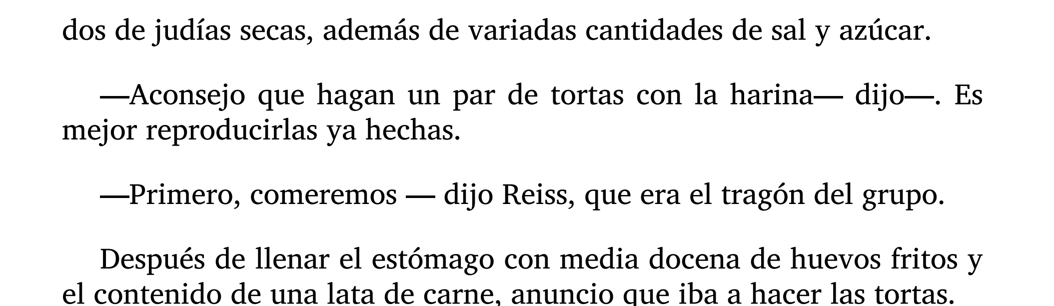
—Pero, ¿es que no les queda absolutamente nada de comida?

—Creo que he visto un huevo, una lata de carne... unos granos de café... Además, debe de haber algo de azúcar, sal, harina... y unas judías secas.

—Mujer, traiga todo eso — exclamó Challoner—. ¿Para qué se cree que inventé mi máquina?

—Somos tontos — gruñó Darmount, a la vez que se ponía en pie.

La reproductora empezó a funcionar a los pocos minutos. Challoner «hizo» dos docenas de huevos, cuatro latas de carne, un kilo de café y



dos de judías secas, además de variadas cantidades de sal y azúcar.

—Aconsejo que hagan un par de tortas con la harina— dijo—. Es mejor reproducirlas ya hechas.

—Primero, comeremos — dijo Reiss, que era el tragón del grupo.

Después de llenar el estómago con media docena de huevos fritos y el contenido de una lata de carne, anuncio que iba a hacer las tortas.

—Espero recordar la fórmula de mi madre — dijo.

—Con tal que no sea la que empleó para envenenar a su marido... — murmuró Darmount con sorna.

Reiss le sacó la lengua. Eva dijo:

—Falta una cosa, profesor. —Y le entregó un cigarrillo—. Es el último que me queda — añadió.

Penneby llegó poco más tarde, con la numeradora en brazos. Su cara expresaba con toda claridad los sentimientos de fracaso que agitaban su ánimo.

—Yo... Lo siento...

Eva trató de calmarse. Los reproches, se dijo, no servirían para nada.

—¿Profesor?

Challoner examinó lo que parecía un montón de chatarra.

—En medio de todo, es preciso admitir su solidez. Aunque llena de abolladuras, está entera.

—¡Pero no sirve...!

—Calma, señora — aconsejó Challoner. Hizo un rápido examen de la máquina y levantó la cabeza—. No sirve, por supuesto, pero tiene algo muy interesante y que, por fortuna para ustedes, está intacto. Me refiero a los números y letras de serie, cuyos tipos son exactamente iguales a los que emplea el gobierno.

—Entonces, se compra otra máquina, se cambian los números...

—Ya fabricar billetes de Banco.

—Tom, ya sabes lo que tienes que hacer — dijo Eva imperiosamente.

—Le daré una nota con el tipo y el número de serie de la máquina; así la encontrará antes — manifestó Challoner.

—Esto no va a acabarse nunca — se quejó Penneby, mientras salía por la puerta.

Darmount y Reiss, aburridos, puesto que no tenían nada que hacer por el momento, salieron de la casa y se sentaron al sol. Eva se acercó a la reproductora y la contempló en silencio durante unos momentos.

De pronto, sintió el contacto de una mano que recorría su espalda, hasta llegar a las opulentas caderas. Se sorprendió en un principio, pero luego volvió la cabeza y sonrió.

Challoner le hizo un guiño. Eva pensó que no costaba nada tener contento a su prisionero.

—¿Me encuentras atractiva, profesor?

—Espera un minuto solamente y te lo demostraré— contestó Challoner con el ardor de un colegial en suprimer encuentro amoroso.

* * *

—Tenemos identificada a la dama. Se llama Eva Rystler, casada tres veces, divorciada dos y viuda una — dijo Simmons—. Se sospecha de ella, ha ejecutado varios atracos, en unión de sus «maridos».

—¿Quiénes son ellos? — preguntó Katz.

—Tom Penneby, Clem Reiss y Hoffy Darmount, tres sujetos de lo más distinguido en el «oficio». Capaces de cualquier cosa por dinero, y más, lógicamente, por una máquina que puede fabricar billetes como si fuesen macarrones.

—Más le valía al profesor haber inventado una máquina para eso —rezongó Katz—. ¿Alguna pista sobre su posible escondite, jefe?

—No, Jerry.

—Está bien. Volveré a interrogar a los Collins.

—De todos modos, las fotografías de Eva y sus chicos están en los archivos. Pronto repartiremos unos cuantos centenares de copias.

—De acuerdo, jefe.

Katz cortó la comunicación.

—Lulla, ¿qué opinas? — preguntó.

La muchacha hizo un gesto de desaliento.

—Los billetes falsos no me interesan nada — contestó—. Tú sabes muy bien lo que me preocupa, Jerry.

—Sí, el maldito generador solar. Sólo nos quedan ya veinte días...

Estaban en casa del profesor. «Duff» se había acurrucado en el regazo de la muchacha.

De repente, Katz lanzó una exclamación.

—Ahora me acuerdo...

—¿Qué? — preguntó Lulla anhelante.

—Hace algún tiempo, conocí a una mujer que se apellidaba Penneby. Puede que no tenga nada que ver con el otro Penneby, pero es un apellido poco común.

Se puso en pie de un salto y caminó hacia la puerta.

—Quédate aquí, por si se recibe alguna llamada.

—De acuerdo. Vuelve pronto, Jerry.

—Descuida.

Una hora más tarde, Katz se encontraba llamando a una puerta, que se abrió a los pocos instantes.

—Te acuerdas de mí, Irma Penneby — sonrió.

Ella le miró con curiosidad. Era una mujer de unos treinta años, pelirroja, de cuerpo muy bien formado y sonrisa fácil, aunque en

aquellos momentos aparecía muy seria.

—Me parece reconocerte... ¿No eres Bill Jones?

—Oh, vamos, Irma, sabes muy bien quién soy. ¿Puedo hablar contigo?

—No estoy segura de que yo quiera hablar contigo — respondió ella ácidamente —. Pero puedes pasar y preguntar..., porque me imagino que no vienes a pasar el rato a mi lado.

—Lo siento, Irma. El oficio... Ella suspiró.

—No sigas, conozco el rollo de las disculpas. ¿Qué quieres ahora, Jerry?

—Tom Penneby —dijo él solamente.
Los ojos de Irma se oscurecieron.

—No fue un matrimonio afortunado — manifestó.

—Lo sé. Tú eres de otra pasta que Tom.

—Le buscas, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Quiere competir con el gobierno en la fabricación
de billetes de Banco.

Irma soltó una estruendosa risotada.

—Era lo único que le faltaba —exclamó—. ¿Ha fabricado ya muchos?

—Está por empezar, pero sabemos que tiene la máquina perfecta.

—Caramba, eso es interesante... Podría producirse un cataclismo, Jerry.

—Es lo que tratamos de evitar, Irma.

Hubo un instante de silencio. Luego, ella meneó la cabeza.

—Fui una tonta. Debí saber desde un principio quesólo nos atraía la

pasión —dijo melancólicamente.

—Lo siento. A veces, las cosas no salen como uno querría...

Irma volvió a suspirar.

—Te daré una pista, aunque no sé... Ha pasado tanto tiempo...

—No podemos desdeñar ningún rastro, por insignificante que sea — dijo Katz.

—Está al pie de Red Hill, en la ladera que mira alSur, más arriba del bosque de pinos ponderosa. Un lugar realmente agreste y absolutamente deshabitado.

—¿Te pertenecía?

—Se lo quedó Tom, en la separación de bienes.

—Entiendo. Irma...

—No me digas nada, Jerry. Será mejor que te vayascuanto antes — dijo ella, evidentemente alterada.

Katz asintió. En aquel instante, se cerraba definitivamente el romance que había sostenido con aquella mujer años antes. Siempre supo que era divorciada, aunque jamás hizo ninguna pregunta sobre el particular. Pero los lazos que les habían unido no eran lo suficientemente fuertes para unirlos durante toda la vida.

Regresó a casa del profesor, melancólico, pero satisfecho.

Lulla estaba en la puerta.

—Ya sé dónde encontrar a tu tío — dijo Katz.

—Yo también — contestó ella sorprendentemente. Una mujer asomó a la puerta.

—¿Cómo está, señor Katz? —saludó Philippine Leyden.

* * *

Eva dormía profundamente en el lecho. Con gran cautela, Challoner se incorporó sobre un codo y la miró durante unos instantes. Sí, una mujer realmente agradable y conocedora de todas las formas de voluptuosidad imaginables.

—Pero con una vez basta — se dijo, mientras, en completo silencio, ponía los pies en el suelo.

Challoner era lo suficientemente sensato para saber que Eva había cedido a sus demandas por puro egoísmo y no por simpatía. No se hacía ilusiones respecto a su atractivo personal, pero, al menos, sus propósitos se habían visto cumplidos en parte.

Terminó de vestirse y salió del dormitorio. La reproductora estaba en uno de los lados del salón. Fue hacia ella, buscó un destornillador y efectuó unas rápidas manipulaciones. Diez minutos más tarde, se acercó a la puerta de la casa.

Aún era de noche. Uno de los secuaces de Eva estaba delante del edificio, en actitud vigilante. Challoner lo vio desde una de las ventanas y retrocedió, a fin de buscaralgún arma arrojadiza. El aeromóvil estaba un poco más allá; si conseguía llegar hasta el vehículo…

Junto a la entrada, había un arcón, encima del cual se apoyaba una especie de ánfora. Agarró la vasija y la sopesó durante unos segundos. Luego la asió por la parte más angosta del cuello.

Lentamente, con la mano izquierda, abrió la puerta. La mano derecha levantó el ánfora, pero, en el mismo instante, sintió que el cacharro estallaba en mil pedazos, a la vez que sonaba un seco estampido.

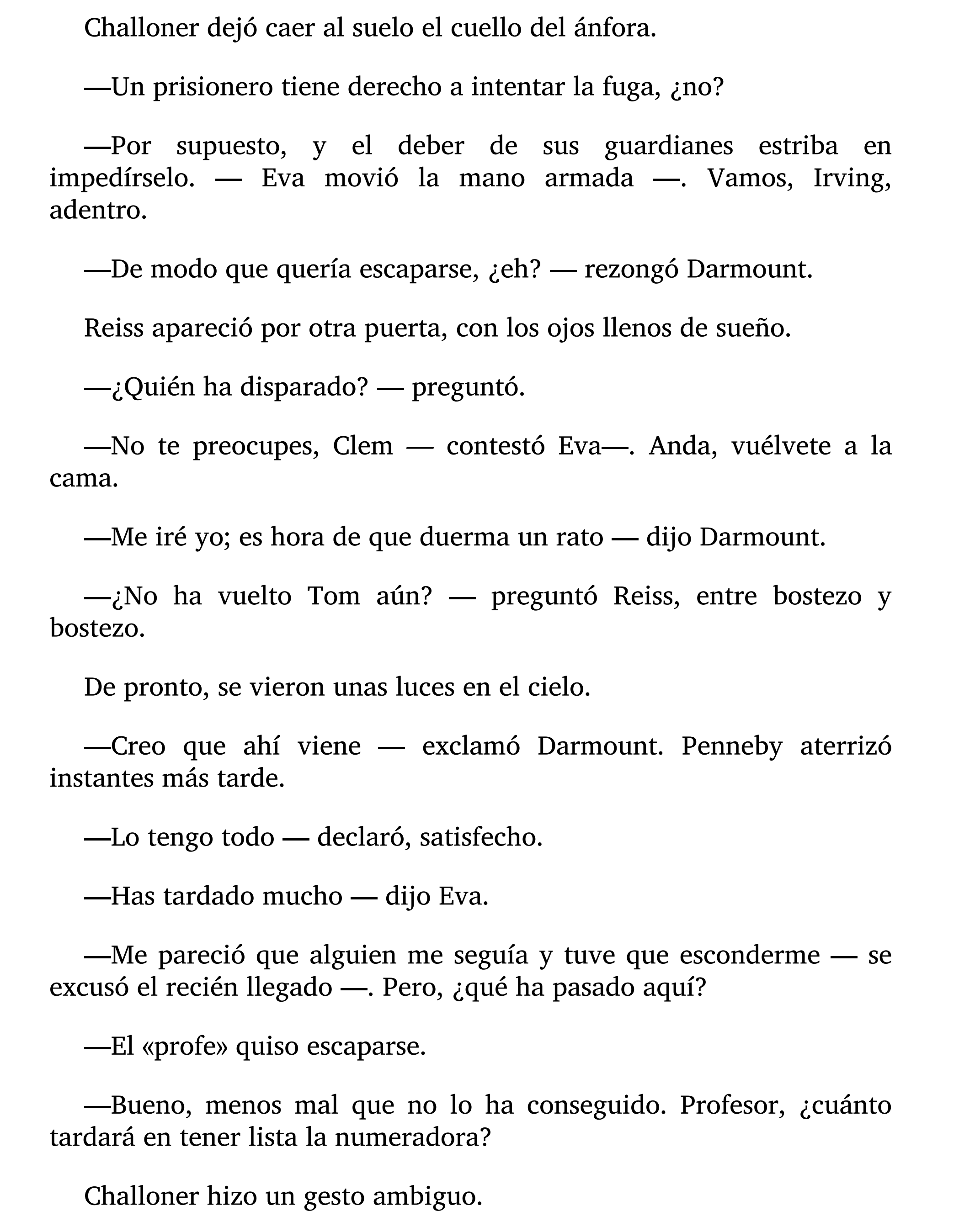
Darmount se sobresaltó terriblemente y giró en redondo, a la vez que sacaba su pistola.

—¿Qué pasa aquí? — gritó.

—No temas, Hoffy, no sucede nada — dijo Eva placenteramente.

Challoner se volvió muy despacio. Eva, vestida con una bata, le miraba sonriendo, a la vez que agitaba significativamente el revólver que empuñaba.

—Irving, el placer es una cosa y los negocios otra
— dijo con burlón retintín.



Challoner dejó caer al suelo el cuello del ánfora.

—Un prisionero tiene derecho a intentar la fuga, ¿no?

—Por supuesto, y el deber de sus guardianes estriba en impedírselo. — Eva movió la mano armada —. Vamos, Irving, adentro.

—De modo que quería escaparse, ¿eh? — rezongó Darmount.

Reiss apareció por otra puerta, con los ojos llenos de sueño.

—¿Quién ha disparado? — preguntó.

—No te preocupes, Clem — contestó Eva—. Anda, vuélvete a la cama.

—Me iré yo; es hora de que duerma un rato — dijo Darmount.

—¿No ha vuelto Tom aún? — preguntó Reiss, entre bostezo y bostezo.

De pronto, se vieron unas luces en el cielo.

—Creo que ahí viene — exclamó Darmount. Penneby aterrizó instantes más tarde.

—Lo tengo todo — declaró, satisfecho.

—Has tardado mucho — dijo Eva.

—Me pareció que alguien me seguía y tuve que esconderme — se excusó el recién llegado —. Pero, ¿qué ha pasado aquí?

—El «profe» quiso escaparse.

—Bueno, menos mal que no lo ha conseguido. Profesor, ¿cuánto tardará en tener lista la numeradora?

Challoner hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Media hora, una... Aunque sé que puedo hacerlo, esas máquinas no son mi especialidad precisamente.

Penneby puso en sus manos una caja de cartón, envuelta en papel de embalar.

—Empiece — ordenó.

—Muy bien. — Challoner se volvió hacia Eva —. Necesitaré café — pidió.

—Por eso no se preocupe, «profe» — contestó la mujer, con ancha sonrisa.

# CAPITULOXI

—¿No dijo nada De Leyva?
Philly Leyden contrajo los labios.

—Realmente, no le gustó, pero es un hombre comprensivo y no formuló ninguna objeción a mi marcha — contesto.

—Hay algo que me gustaría saber — terció Lulla. Estaba sentada en el asiento posterior del aeromóvil; Philly ocupaba el contiguo al de Katz, a fin de guiarle en los últimos tramos del trayecto—. No lo ha dicho antes, pero, ¿de qué conoce a Eva Rystler?

—¿Es necesario que te conteste, Lulla? — preguntó la interpelada.

—No creo que eso interese ahora mucho —dijo Katz
por encima del hombro.

Lulla cruzó los brazos sobre el pecho.

—Está bien, si se lo toman así…

—De todos modos, no tengo inconveniente en contestar a esa pregunta — dijo Philly—. Eva y yo trabajamos juntas en el «Philidor», hace ya bastantes años. Ella es algo más joven que yo, pero es algo que no tiene importancia. A Eva, sin embargo, aquello le parecía poco. Fue siempre una mujer muy enérgica, emprendedora, independiente…

—¿Era un «club» nocturno, Philly?

Katz sonrió. Demasiado bien conocía la fama del local, un prostíbulo de altos vuelos, al que no tenía acceso un cualquiera.

Pero Philly no pudo contestar. En el cuadro de mandos centelleó una luz y Katz dio el contacto de la radio.

—Cobra Dos — se identificó.

—Habla Cobra Uno. Apague todas las luces. Use el sistema visual de infrarrojos. Hemos detectado nave sospechosa en las inmediaciones. Guarde precaución.

—Cobra Dos a Cobra Uno. Enterado.

—Necesitará ayuda…

—No, prefiero actuar solo. Mucha gente podría provocar una reacción inesperada entre los secuestradores. Ante todo, la vida del profesor.

—El jefazo dice que lo importante es la maquinita.

—Son puntos de vista. ¿Algo más, Cobra Uno?

—Eso es todo, Cobra Dos. Cambio y cierro.

Katz hizo unas rápidas manipulaciones en el tablero de mandos del aeromóvil, especialmente equipado. El suelo se vio a partir de aquel momento de un fantástico color rojo.

—Philly, ¿nos falta mucho? — preguntó.

—Unos tres kilómetros — contestó la aludida.

—¡Ahí está el otro aeromóvil!—exclamó Lulla repentinamente.

A la izquierda, a unos mil metros de distancia, se divisaban unas luces blancas, brillando contra el primer resplandor de la aurora.

—Me pregunto quiénes pueden ser — murmuró el joven.

—Acaso Sittakopf. No estaba en el refugio de Hot Creek. Seguramente escapó y ahora, tras haberse enterado del lugar donde se encuentra mi tío, va a buscarlo — supuso Lulla.

—Si es así, le bloquearé la vuelta — dijo Katz—. No puedo hacerlo ahora; tal vez se trate de gentes inofensivas y no debo arriesgarme a causar víctimas inocentes.

—¿Cómo le bloquearás la vuelta, si se trata de Sittakopf?

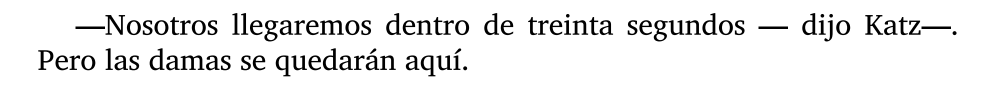
—Este cacharrito dispone de emisor especial, que dispara unos rayos anuladores de la energía. Por tanto, el motor se paraliza inmediatamente, y sigue inactivo, mientras el emisor esté en funcionamiento.

—O sea, si lo haces en vuelo, podría estrellarse.

—Sin duda alguna.

El aeromóvil sospechoso inició repentinamente un veloz descenso.

—Ya no hay dudas; van a Red Hill — exclamó Philly.



—Nosotros llegaremos dentro de treinta segundos — dijo Katz—. Pero las damas se quedarán aquí.

—Jerry, yo quiero...

Katz atajó enérgicamente a la muchacha.

—Tú harás exactamente lo que yo te mande — dijo, imperioso—. En esta clase de asuntos, el experto soy yo.

—Obedécele, Lulla — dijo Philly con cierta sorna.

El aeromóvil sospechoso tomó tierra. Katz disparó inmediatamente los rayos anuladores.

—Ningún aeromóvil podrá despegar, a menos que yo lo quiera — aseguró rotundamente.

* * *

—Bueno, ya está — dijo Challoner, cuando empezabana verse las primeras luces del nuevo día.

—Dígame cómo se hace, profesor — pidió Eva, que había vuelto al tratamiento protocolario.

Eva tenía en la mano un billete de mil neodólares. Challoner hizo que se acercase a la repetidora, indicándole dónde debía colocar el billete. A continuación, la situó ante el tablero.

—Ahora repetirá exactamente todas las operaciones,como yo le diga, ¿estamos?

—Sí — contestó ella.

Reiss, Darmount y Penneby contemplaban expectantes la operación. Los tres pensaban lo mismo: a partir de aquel momento, se iba a iniciar para ellos una era de riqueza inagotable.

Pasaron algunos segundos. De pronto, se oyó un ligero tañido. La máquina escupió un billete.

—¡Aquí está! —gritó Eva jubilosamente—. Es exactamente igual al

original.

Los tres esbirros se atropellaron en sus ansias de examinar el billete reproducido, en el que únicamente faltaban los números de serie. Reiss y Darmount lanzaron sendos aullidos de alegría.

Penneby fue el único que notó algo extraño.

—Está muy bien reproducido — dijo —. Sólo quenunca había visto hasta ahora billetes de mil doscientosneodólares.

—¿Qué estás diciendo? — gritó Eva. Penneby le tendió el billete.

—Mírelo usted misma, si no me cree.

Eva le arrebato el papel de un manotazo. Challoner decidió aprovechar la ocasión y retrocedió lentamente hasta la puerta. Sus secuestradores estaban muy ocupados, haciendo comentarios de todas clases sobre aquella especie nueva de billete.

—¡Je! —dijo Darmount, sarcástico—. Tengo un amigo que fabrica billetes de seiscientos neodólares. Le llevaré éste y me lo cambiará por dos de los suyos.

—Es una broma que no tiene la menor gracia — exclamó Eva furiosamente—. A ver, profesor...

Challoner había abierto ya la puerta, pero, en el mismo instante, vio a los tres individuos que desembarcaban de un aeromóvil que había llegado sin que lo advirtiesen y echó a correr en sentido contrario.

—¡Viene Sittakopf! — gritó.

Darmount se precipitó hacia una de las ventanas y abrió fuego inmediatamente. Peters cayó de bruces en el acto.

Sawyer disparó. Darmount dio un salto hacia atrás y se desplomó al suelo.

Sittakopf retrocedió, en busca de un refugio. Sawyer le imitó, sin dejar de disparar la pistola.

Los cristales volaron por todas partes. Una de las balas dio en una arista de la máquina y chilló agudamente al rebotar.

A trescientos metros de distancia, Katz oyó los disparos y empezó a

preocuparse seriamente por la suerte del profesor. Tendría que llegar a la cabaña, acercándose por la parte posterior, se dijo.

El tiroteo duró, intensísimo, alrededor de cinco minutos. Luego pareció decaer.

Sittakopf lanzó un agudo grito:

—¡Eva! ¡Eva Rystler! Quiero proponerle un trato.

—¡No hay trató, hijo de perra!—contestó la mujer—. Si tienes eso propio de los hombres, ven aquí.

—Tengo una ametralladora, jefe — murmuró Sawyer.

—Espera todavía un poco. Podríamos estropear la máquina.

—Entonces, no sé cómo lo conseguiremos...

En el interior de la casa, Eva bramaba de furia. Challoner, sentado en el suelo, observaba plácidamente el curso de los acontecimientos.

De pronto, se volvió hacia él.

—Profesor, usted puede hacer algo — dijo —. Si esos
tipos entran, le liquidarán...

—¿Cuántos son? — preguntó Challoner.

—Dos.

—Ustedes son tres y están resguardados...

—¡Pero no quiero seguir así! —vociferó ella.

—Eva, si dispusieras de más hombres, ¿los lanzarías a la pelea?

—Claro, eso ni se duda. Challoner se puso en pie.

—Hay una solución — dijo—. Puedo conseguirte un batallón de soldados, aunque sin uniforme, claro.

—Está loco — dijo Reiss.

—Siempre fui un poco chiflado — sonrió Challoner—. De otro modo, no habría construido ese chisme. Eva, la solución está en reproducir a tus hombres.

—¡Eso es! —gritó ella—. La máquina puede copiar todo... Aunque se haya equivocado en el valor del billete.

—Es un defecto que se puede subsanar fácilmente. Por lo visto, la máquina está del lado del gobierno — dijo Challoner jovialmente—. Pero si quieres un bote de judías... tendrás un bote de judías.

—Entiendo. — Eva miró sucesivamente a sus dos compinches —. ¿Cuál de los dos entra primero?

Penneby retrocedió.

—No — contestó.

—Nunca tuve hermanos y no quiero tenerlos ahora,a los treinta y cinco años — dijo Reiss hoscamente.

—Profesor, ¿tiene una moneda? — preguntó ella.

—Sí, señora.

—Échela al aire. Cara, para Tom; cruz, para Clem.

Challoner hurgó en sus bolsillos. Un disco brillanterevoloteó en el aire un instante. Luego cerró ambas manos sobre la moneda. Tras unos segundos de «suspense», levantó la mano izquierda.

—Cruz — anunció.

—A ti te toca, Clem.

—He dicho que no quiero — insistió Reiss. Eva le apuntó con su pistola a la frente.

—Tienes exactamente un segundo para decidirte — exclamó.

Reiss lanzó una horrorosa maldición.

—Si algo sale mal...

—Todo saldrá bien — garantizó Challoner.

Movió la cabeza.

—Vamos, venga aquí, muchacho. Sin miedo, hombre; esto no duele, no es el sillón de un dentista.

Lanzando mil maldiciones, Reiss se acercó a la máquina. Challoner le indicó el lugar donde debía situarse.

—No olvide la pistola; sus reproducciones deben salir también armados — dijo.

Antes de entrar en el sector parecido a una cabina telefónica, Reiss dirigió una torva mirada a la mujer.

—Como me pase algo malo, mi primera bala serápara usted — aseguró.

Challoner se situó ante el cuadro de mandos y empezó a teclear frenéticamente. Katz llegaba en aquel momento hasta el dormitorio y avanzaba muy despacio hacia la puerta que daba al salón.

De pronto, se oyó un ruido raro. Decenas de luces se encendieron y apagaron rapidísimamente. Bruscamente, una figura humana apareció al otro lado de la máquina.

El doble de Reiss parecía aturdido, aunque se movía sin demasiadas dificultades. Eva creyó que se le saltaban los ojos.

—Increíble — dijo.

Penneby se echó a reír.

—Llámale hermano querido — exclamó.

—Eso no tiene ninguna gracia — dijo Reiss furiosamente.

Otro doble apareció a los pocos segundos. Challoner se apartó de la máquina.

—Seguirán saliendo «copias», hasta que usted lo desee, señora.

—¿Puedo darles órdenes? — consultó Eva.

—Claro, sin ningún género de dudas.

Otro doble salió por el costado opuesto de la máquina. Como los anteriores, daba la sensación dé cierto aturdimiento. Katz, que lo estaba contemplando a través de una rendija, supuso que se debía más bien a que era una reproducción que nunca tendría un alma. Las copias no pasarían de ser unos «zombis», sin capacidad de raciocinio propio, aunque, eso sí, útiles en determinadas circunstancias.

Reiss continuaba en el interior de la máquina. De pronto, se quejó:

—Me pica todo el cuerpo.

—Aguanta unos minutos más — ordenó Eva.

Fuera se oyó un poderoso grito:

—¡ Eh, los de la casa! Tengo un paquete de dinamita.

Si no salen con las manos en alto, volaré la casa.

Eva se acercó a una ventana.

—Sittakopf, especie de bastardo sarnoso, ahora mismo te voy a dar mi contestación.

Había ya seis copias. Abrió la puerta con una mano y ordenó:

—¡Salgan y mátenlos!

Impasibles, como muñecos, los seis hombres asomaron sucesivamente por la puerta. Sawyer derribó al primero y al segundo, pero cuando vio al tercero, empezó a sentir miedo.

La máquina seguía escupiendo dobles de Reiss. En la puerta, se había formado un verdadero montón de cadáveres. Los hombres «fabricados» salían sin exteriorizar la menor emoción, hacían uno o dos disparos, y luego caían.

—Eva, déjeme salir — chilló Reiss—. No lo puedo aguantar más.

—Un minuto, Clem, un minuto más—-rogó ella.

En el mismo instante, Challoner sintió una mano en la boca. Otra tiró de su brazo izquierdo. Alguien le hizo retroceder.

«Sittakopf, maldita sea», pensó.

Al fin lo habían conseguido, se dijo.

Ahora le tendrían secuestrado en un lugar aún más inaccesible, le obligarían a construir una nueva reproductora... Pero quizá Sittakopf podía darle la pista que le permitiría recobrar el generador solar.

Abstraídos con lo que sucedía, Eva ni Penneby se percataron de la desaparición del profesor. Fuera, Sawyer empezó a sentir miedo.

—Pero, ¿es que no se acaban nunca? — gimió.

En aquel instante, uno de los dobles consiguió hacer blanco.

Sawyer dejó la pistola, llevó ambas manos al estómago y dobló las rodillas. Maldiciendo obscenamente, Sittakopf se dijo que debía emprender la retirada y saltó al interior del aeromóvil.

Accionó la palanca de contacto. El aeromóvil permaneció obstinadamente pegado al suelo.

Libres ya de la pistola de Sawyer, los duplicados de Reiss avanzaron hacia él inexorablemente, silenciosas máquinas de una venganza que iba a realizarse antes de unos segundos.

En aquel momento, se oyó dentro de la casa un espantoso alarido.

# CAPITULOXII

Challoner creía soñar.

—Por todos los diablos... Pero si eres tú...
Katz se puso un dedo sobre los labios.

—Salga fuera — ordenó, indicándole la ventana abierta y que daba a una ventana lateral —. Corra rectamente doscientos pasos y luego camine hacia el sur. Verá un aeromóvil a unos trescientos metros. Aguárdeme allí.

—Tú te quedas...

—Es mi obligación. Vamos, pronto, no pierda tiempo.

Ya había luz suficiente para poder moverse sin dificultad a través de la espesura. Challoner saltó por la ventana y echó a correr. Katz sonrió al pensar en la sorpresa que se llevaría al encontrarse con la señora Leyden.

En aquel momento, fue cuando dentro de la casa se oyó aquel horroroso alarido.

Katz giró sobre sus talones. En el salón, Eva y Penneby contemplaban horripilados una espantosa escena.

El cuerpo de Reiss se deshacía, como si estuviese hecho de millones de diminutos fragmentos, de un repugnante color rosado. Ya no gritaba ni emitía el menor sonido. Katz lo vio y sintió náuseas.

Era como si estuviese hecho de cera de color rosa y se derritiese bajo el influjo de una poderosa fuente de calor. Al cabo de unos segundos, el sujeto no era sino un montón de pasta, carente en absoluto de forma humana, cubierta parcialmente por unas ropas siniestramente manchadas.

Fuera, Sittakopf vio algo que le puso los pelos de punta.

Cinco duplicados habían llegado al exterior. Todos ellos se deshacían, se desintegraban, disgregándose la materia de que estaban hechos, convirtiéndose en masas informes, en las que ya no había el menor signo de vida.

Bruscamente, se vio brillar un vivísimo relámpago en la máquina.

Sonó un terrible chasquido. Más chispazos brotaron por todas partes. El humo, azul, empezó a brotar por las junturas.

—¡Esto va a explotar! —chilló Penneby.

Katz había escapado ya prudentemente. La máquina no interesaba; era Sittakopf el que le importaba. Saltó por la ventana y empezó a rodear la casa.

Eva y Penneby corrieron hacia la puerta. Se oyó una fuerte explosión y las llamas empezaron a salir de la máquina por todos los sitios.

Sittakopf se había apeado. Vio a Penneby y apretó el gatillo de su pistola.

—Maldito, el mejor negocio de mí vida...
Penneby cayó de rodillas, aunque sin soltar la pistola.

Por encima de él, Eva hizo fuego, pero falló.

Sittakopf repitió el disparo. Penneby lo hacía al mismo tiempo.

Los dos hombres resultaron alcanzados por los proyectiles que habían cruzado las respectivas trayectorias. Penneby cayó de bruces, mientras Sittakopf, empujado por el impacto, caía hacia atrás. El aeromóvil le impidió rodar por tierra y quedó apoyado en él, con una mano. La otra se crispaba sobre su pecho, en el lugar donde había recibido el balazo.

Con ojos llameantes de ira, enloquecida por la rabia, Eva se le acercó paso a paso, apuntándole con la pistola.

—Voy a enviarte al infierno, viejo bastardo — anunció.

De pronto, se oyó un estampido.

Eva chilló al sentir una terrible sacudida en el brazo, mientras su pistola volaba por los aires. El dolor, aunque no había sido herida, ya que la bala había chocadocontra el metal de la pistola, provocó en ella una especie de desvanecimiento y cayó, quedando apoyada en el suelo con manos y rodillas.

Katz corrió hacia Sittakopf. El herido se deslizaba lentamente. Quedó sentado en el suelo y le miró con ojos ya vidriosos.

—La máquina... — jadeó.

—El generador solar — gritó Katz—. ¿Dónde está? Sittakopf abrió la boca, pero fue para lanzar unabocanada de sangre. Su cuerpo sufrió una terrible convulsión y cayó de lado.

Katz maldijo entre dientes. Si aquel hombre sabía o recordaba algo, ya no revelaría a nadie su secreto.

Eva reaccionaba en aquel momento. Estaba en pie y corría hacia su pistola. Cuando se agachó para recogerla, Katz, perdidos los estribos, le asestó un tremendo puntapié en las posaderas, que la hizo saltar a unos cuantos metros de distancia.

Ella quedó encogida sobre sí misma, abatida, desmoralizada, quejándose sordamente. Katz se apoderó de su pistola y la arrojó a gran distancia, entre los arbustos.

De pronto, se oyó una fuerte explosión. Las llamas se propagaron rapidísimamente. En pocos momentos, la casa se convirtió en un rugiente volcán.

Una voz sonó ansiosamente a cincuenta metros:

—¡Jerry, Jerry!

Era Lulla. Katz se volvió hacia la muchacha.

—No te preocupes, estoy bien.

Fue luego hacia Eva y le puso unas esposas electromagnéticas, sin que la mujer osara protestar lo más mínimo.

* * *

Dada la importancia de los acontecimientos, el Comisionado Simmons había juzgado conveniente desplazarse hasta el lugar de los hechos. En los cuerpos de los secuaces de Sittakopf habían encontrado algunos diamantes y un pequeño lingote de oro. Para Katz, la finalidad era evidente; pensaban reproducir los diamantes y el oro en la máquina, cosa mucho menos peligrosa y tan productiva, por lo menos, como los billetes de Banco. Simmons contempló la casa, todavía en llamas y luego se volvió hacia el profesor, que estaba acompañado de Katz y las dos mujeres.

—Bien, profesor, ¿qué me dice usted de su máquina?Challoner sacudió la cabeza.

—Debí haber pensado que era algo imposible. Al menos, con los conocimientos científicos actuales — contestó melancólicamente—. Tal vez, dentro de cincuenta ode cien años…

Katz le puso una mano sobre el hombro.

—Anímese — dijo—. Piense en los hermanos Wright y en su primer aeroplano, en mil novecientos tres. Por algo tenía que empezar el hombre a volar, ¿no cree?

—En resumen, ¿qué le sucedía a ese chisme? — quiso saber el Comisionado.

—Si tuviese que explicarlo con palabras técnicas, no acabaría en una semana — respondió Challoner—. Diciéndolo de una forma más sencilla, tengo la sensación de que se «fatigaba». A un hombre se le puede encomendar un trabajo y lo hará bien, pero si se le fuerza demasiado, se cansa y los resultados son ya deficientes. Pasa en todos los oficios.

—Es cierto — convino Simmons.

—Aparte de que hice algunas pequeñas trampas — continuó el profesor—. Sabía que estarían buscándome y quería dar tiempo a que me encontrasen.

—¡Bien pensado!—exclamó Simmons—. Jerry, usted se encargará de acompañar al profesor hasta su casa. Los otros se ocuparán de los demás asuntos.

—Sí, señor — contestó el joven, observando de reojo a los numerosos policías que se movían por los alrededores. De pronto, recordó algo y movió la mano—. Perdone un momento, jefe; quiero decirle algo al profesor… pero no se marche aún, se lo ruego.

Simmons accedió. Katz agarró a Challoner por un brazo y se lo llevó aparte. El joven habló brevemente. Challoner le miró con aire inquisitivo.

—¿Lo crees necesario, Jerry?

—Sí, profesor.

—Muy bien, vamos allá — suspiró Challoner.Simmons les contempló con curiosidad. Challoner titubeó un poco y al fin se decidió a hablar:

—Comisionado, tiene que saber una cosa muy importante. Cuando me secuestraron por primera vez, se llevaron de mi casa una serie de aparatos, uno de los cuales era un generador solar de mi invención. Bueno, eran tipos poco habituados a manejar instrumentos delicados y rompieron la válvula de seguridad del generador.

—Bueno, se busca y…

—Lo perdieron y ninguno sabía dónde, señor Simmons. Mejor dicho, uno llegó a recordarlo, pero lo mataron antes de que pudiera decirlo.

—Vaya, sí que es lamentable, profesor. Lo siento muchísimo, pero usted es lo suficientemente mañoso, como para construirse un nuevo generador solar.

—Lo malo es que no tendré tiempo — dijo Challoner.

—¿Tiene otros trabajos en perspectiva?

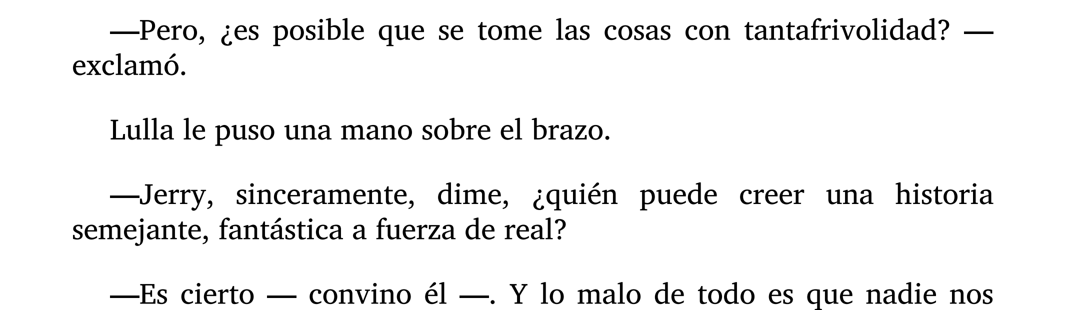
—No es eso. Desprovisto de la válvula de seguridad, la tensión crece día a día en el interior del generador, y llegará un momento en que se produzca la explosión. Pero la «llamarada», por decirlo en términos fácilmente inteligibles, «contagiará» el suelo de los alrededores, éste empezará a «arder», el fuego se extenderá rápidamente… ¡y la Tierra acabará por incendiarse, convirtiéndose así en el segundo sol de nuestro sistema! — concluyó Challoner dramáticamente.

Simmons le miró con ojos incrédulos. Estuvo así un instante y luego, de súbito, rompió a reír estrepitosamente.

—Pero, ¡qué buen humor tiene usted, profesor! ¡Después de todo lo que ha pasado, todavía conserva las ganas de broma! Me gustan los hombres que saben sonreír, aun en las peores circunstancias. —Palmeó efusivamente las espaldas de Challoner y añadió —: Profesor, ya sabe dónde tiene un amigo. ¡Jimmy — llamó a su piloto a voz en cuello—, nos volvemos a casa!

—Sí, señor.

Katz estaba atónito.



—Pero, ¿es posible que se tome las cosas con tantafrivolidad? —exclamó.

Lulla le puso una mano sobre el brazo.

—Jerry, sinceramente, dime, ¿quién puede creer una historia semejante, fantástica a fuerza de real?

—Es cierto — convino él —. Y lo malo de todo es que nadie nos creerá....

—Ni tampoco hay tiempo de hacer nada — añadió Challoner sombríamente—. Dentro de diecinueve días, comenzará el irreversible proceso de «combustión» de nuestro planeta.

Era una perspectiva horrible, pensar que sólo faltaban tan pocos días.

—Profesor, ¿cuándo empezará la Tierra a hacerse inhabitable? —preguntó Katz.

—Al principio, tardará un poco; luego, la velocidad de propagación irá en aumento y cada vez será más rápido... No creo que la cosa tarde más de otras cuatro semanas. Claro que antes ya habremos muerto todos.

Katz se imaginó un panorama de grandes catástrofes: aumento de las temperaturas, masas humanas huyendo hacia lugares con menos calor, océanos hirvientes, gigantescas nubes de vapor cubriendo toda la superficie del planeta...

Philly se acercó a Challoner y tomó sus manos.

—Profesor, quiero estar a su lado hasta el último'
momento — dijo.

Challoner la miró y sonrió débilmente.

—Claro, Philly.

* * *

Completamente abatidos, regresaron a casa. Katz pilotaba el

aeromóvil. Lulla le dijo que se quedase a almorzar con ellos, cosa que el joven acepto, a pesar de que no sentía el menor apetito.

Cuando entraban en el patio, todavía lleno de cachivaches y cajones vacíos, aunque más ordenado que en ocasiones anteriores, Katz no pudo contener un gesto de cólera:

—Y pensar que por un segundo no llegamos a saber
dónde estaba ese maldito generador...

Junto a su pie derecho, había un trozo de granito, procedente de una vieja columna que en tiempos había formado parte de la decoración. Katz agarró el pedrusco, casi tan grande como su cabeza, y lo lanzó hacia una pila de cajones de madera.

El golpe derribó uno de los cajones. Algo de color anaranjado vivo quedó al descubierto.

Lulla emitió un agudísimo chillido:

—¡El generador!

Katz se sentía estupefacto. Challoner y Philly, que iban delante, se volvieron en el acto.

—¡Está aquí! — gritó Challoner.

—Pero, ¿cómo es posible...? — dijo Katz, que todavía no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Tal vez lo dejaron aquí, porque no les cabía en su aeromóvil — supuso Lulla—. Pero, en todo caso, ¿qué importa? ¡Tío, la válvula, pronto! —pidió apremiante-mente.

—Con tal de que recuerde el sitio donde la dejó, cuando yo la encontré — murmuró Katz.

Challoner corría ya hacia la casa. A los pocos momentos, salió, con un objeto brillante en las manos. Mientras tanto, Katz había despejado el camino de obstáculos, hacia el lugar donde se hallaba el generador solar.

Conteniendo el aliento, observaron los movimientos del profesor.

—Cuidado, sin prisas... Tenemos tiempo — dijo Katz.

—No pierdas los nervios, tío — aconsejó Lulla. Challoner se acercó

al aparato y se puso en cuclillas.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Pero si tiene la válvula de seguridad! ¡No le ha
faltado nunca!

Katz se pegó una tremenda palmada en la frente.

—Voy a acabar cardíaco — dijo.

—Tío, ¿cómo has podido cometer semejante error? — exclamó Lulla, indignada.

Challoner lanzó una risita.

—Bueno, siempre conviene... Ejem... Hice dos válvulas, por si una fallaba...

—Y la que hay ahora, ¿no fallará? — preguntó Katz recelosamente.

—No — aseguró Challoner con gran énfasis—. Mira la esfera indicadora de tensión; la aguja está en el punto de normalidad.

—Ya... — Katz respiró aliviado—. Al menos, podré dormir tranquilo esta noche.

«Duff» llegó en aquel momento y saltó a su hombro. Katz sonrió, a la vez que le acariciaba con la mano.

—Hola, viejo pirata — dijo —. Nos has echado de me
nos, ¿eh?

«Duff» ronroneó agradecido. Katz se volvió hacia la muchacha.

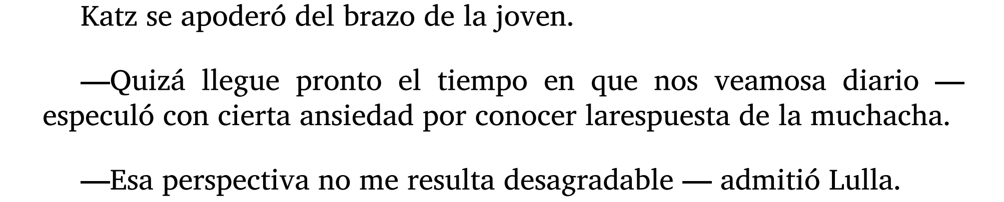
—Lulla, creo que vendré a visitar a tu tío con frecuencia, para evitar que cometa más desaguisados — manifestó.

Ella entornó los ojos.

—Ah, sólo visitarás a mi tío...

—Mujer, será el pretexto — rió el joven—. A menos que tengas algo en contra.

—Nada, por Dios —- contestó Lulla —. Me gustará verte con frecuencia.



Katz se apoderó del brazo de la joven.

—Quizá llegue pronto el tiempo en que nos veamosa diario — especuló con cierta ansiedad por conocer larespuesta de la muchacha.

—Esa perspectiva no me resulta desagradable — admitió Lulla.

Le miró con ojos chispeantes y preguntó:

—Lo único que pasa es que no me gusta tu nombre del todo. Jeremy no es...

—Nena, Jerry viene de Jerónimo — puntualizó él alegremente—. Pero si prefieres que me llame de otro modo, invéntate un nuevo nombre. Lo aceptaré sin rechistar.

—Me quedo con el que tienes — declaró ella—. Y, si sueltas mi brazo, podré preparar el almuerzo. —Volvió a mirarle y agregó—: Tienes mucho tiempo por delante para agarrarme del brazo, Jerry.

—Y de algún otro sitio más — dijo él maliciosamente—. «Duff», vamos, nos espera una buena comida.

Con las manos juntas, echaron a andar hacia la casa.

F I N